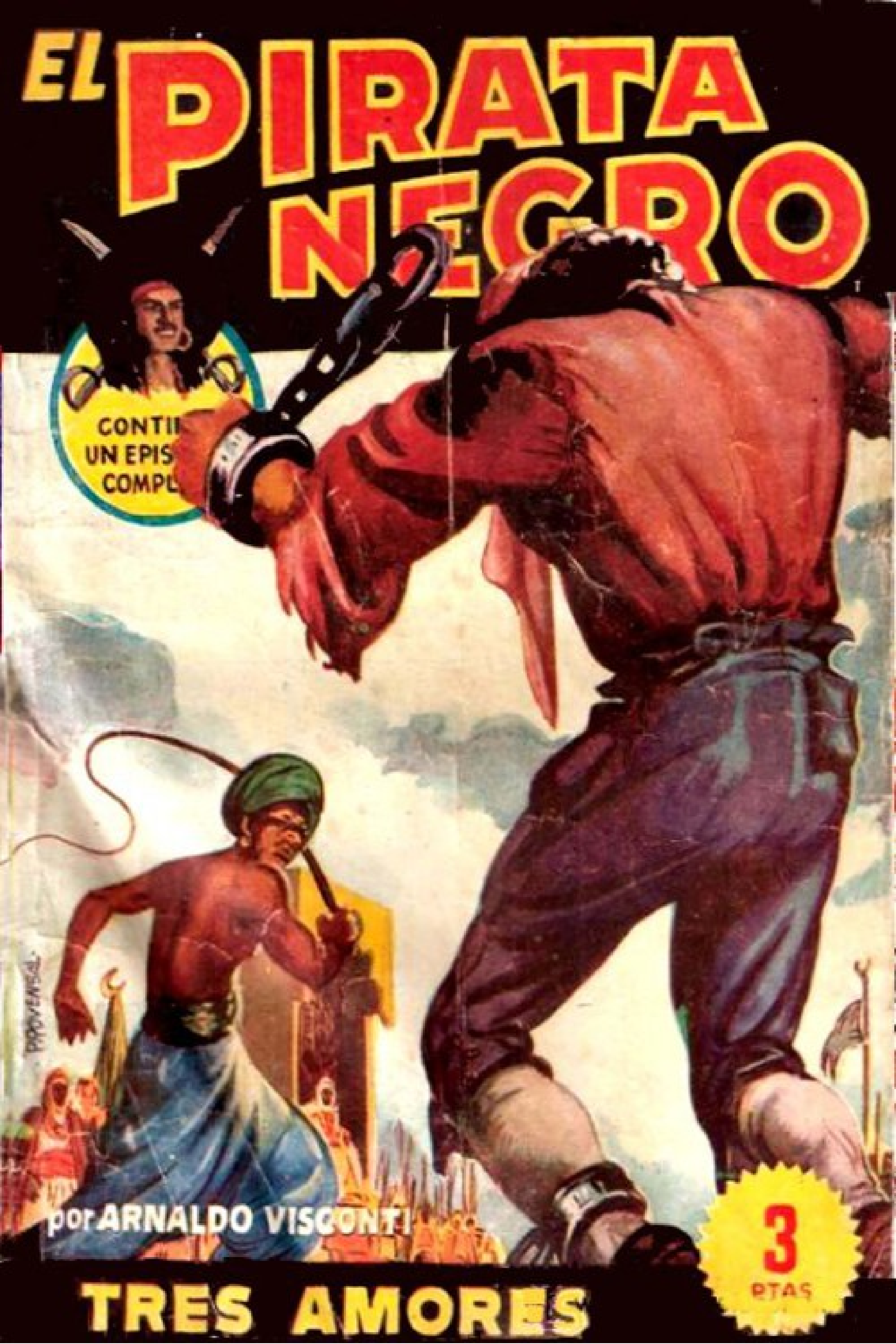
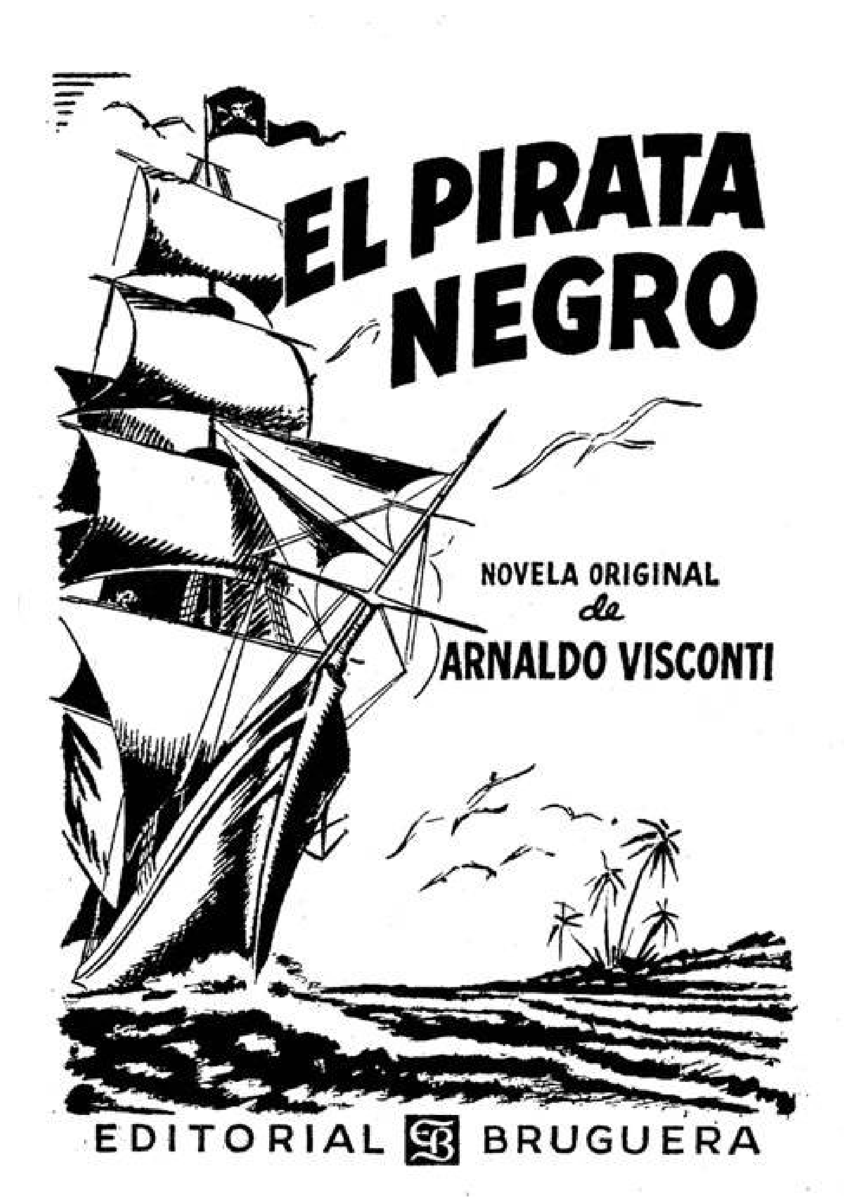

EL PIRATA NEGRO
CONTI
UN EPIS
COMPL
por ARNALDO VISCONTI
3
PTAS
TRES AMORES



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Tres amores

Colección El Pirata Negro n.° 45

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


TRES AMORES

PRIMERA PARTE

KNOSSOS

Capítulo I

La fuerza invisible

Era un día de ajetreo el que amanecía en Knossos, la ciudad portuaria capital de la isla de Candía, que se hallaba en poder de los otomanos.

No era la celebración del aniversario de la derrota de los venecianos, ni tampoco la bulliciosa algazara bélica con que las cuatro naves de Deli Hussein acogían la arribada de alguna nave victoriosa en aislada escaramuza con naves de infiel.

El mismo pueblo cretense sojuzgado inquiría sin hallar respuesta, porque todos ignoraban el motivo por el cual reinaba tanta actividad en los habitualmente perezosos e indolentes turcos.

Veían que los genízaros, tanto los pertenecientes a la guardia de la ciudad y de la mansión de Deli Hussein, como los tripulantes de las cuatro naves surtas en el puerto, iban y venían, pero no en forma impremeditada, sino, indudablemente, llevando a cabo una misión determinada.

El terror se adueñó de los cretenses cuando, como si obedecieran una consigna, del interior de los vastos jardines que rodeaban el elevado palacio donde moraba Deli Hussein. el gran jefe turco, Osmán y dueño y señor de Candía, salieron en oleadas numerosos sujetos de extraño aspecto. Desnudo el grasiento torso, rapada por completo la cabeza, dónde sólo había una coleta que en mechón lacio les bailoteaba en la nuca, y cubiertos desde el talle a los pies desnudos por anchos pantalones, los más de ellos eran adiposos.

Relucían sus cuerpos untados en aceite de acre aroma, y llevaban en la diestra un largo látigo que hacían restallar contra el suelo, mientras corrían por las calles.

Eran los eunucos al servicio del Gran Osmán Deli Hussein.

A su paso por las calles, los habitantes de Knossos encerrábanse

en sus casas, temerosos de algo inexplicable.

En otras ocasiones, la salida de Deli Hussein de su palacio para dirigirse a una de las naves era precedida por unos aullantes y gesticulantes eunucos que obligaban a los infieles a internarse en sus casas y cerrar puertas y ventanas.

El infiel que permaneciera en la calle o se atreviera a atisbar el paso del Gran Osmán Deli Hussein, era decapitado en el acto por uno de los veloces alfanjes de los jenízaros que avanzaban a retaguardia de los eunucos.

Pero en aquel día de diciembre los eunucos no efectuaban su salida precediendo la escolta del Osmán. Se dividieron en dos grupos nutridos al llegar a la plazoleta central de la ciudad.

Uno de los grupos se dirigió hacia la playa, y el otro se dispersó por las calles. Poco después, gritos y forcejeos anunciaban que, confines ignorados, las más jóvenes y hermosas doncellas de Knossos eran arrebatadas de sus hogares y conducidas al palacio de Deli Hussein.

Y, aunque aterrorizados, los familiares de las raptadas consumíanse en un mar de confusiones: era un hecho sabido que Deli Hussein tenía un harén, porque así se lo exigía su credo y la magnificencia que debía acompañar a todo gran jefe turco, pero no lo visitaba, y desde su llegada a Gandía, después de vencer a los venecianos, había castigado con pena de muerte a cualquier genízaro que hubiese osado poner la mano sobre una de las sojuzgadas cretenses.

Esta medida del Osmán no obedecía a magnanimidad: era tan sólo que Deli Hussein consideraba indigno de un otomano tener el menor roce con la raza blanca de perros infieles...

¿Por qué, pues, eran raptadas las jóvenes cretenses? Y una voz imprudente empezó a hablar de la Princesa Azul, de Ertoghul y de los sacrificios como holocausto...

El segundo grupo de eunucos dirigíase hacia la playa. Llevaban también su misión.

El sol pálido, invernal, daba claridad y blancura a todos los contornos de la ciudad.

Pero no entraba en un aposento, donde sólo lucía una extraña fosforescencia verde que nimbaba espectralmente dos figuras: la de una rubia y delicada mujer vestida de azul, y la de un viejo

acurrucado, sentado sobre sus propias piernas, ante la mujer.

Era la habitación sagrada; la habitación que en el palacio donde moraba Deli Hussein nadie entraba, porque era el santuario de Yogg, el hindú.

El hindú de piel apergaminada, mantenía las brasas encendidas de sus ojos fijos en la mujer sentada ante él. La larga y rala barba gris en que terminaba su demacrado rostro tenía un temblor imperceptible, mientras sus labios lívidos movíanse sin pronunciar palabra ni emitir sonido alguno.

Ella contaba escasamente diecisiete años. Era una singular hermosura, frágil, casi etérea. Tenía unos ojos inmensamente azules, ahora sin expresión, como adormilados.

Los rasgos del rostro eran de una pureza indescriptible, enmarcados por una rubia y sedosa cabellera que sobresalía del velo azul que, rodeando su cabeza, caíale sobre los hombros.

Vestía un ancho pantalón de gasa azul sujeto a los tobillos por ajorcas de oro. Unas sandalias azules ensalzadas en zafiros ocultaban a medias sus desnudos pies.

El busto quedaba modelado por gasas azules y un chaleco del mismo color y tela brillante completaba su atavío peculiarmente turco.

Pero hablaba suavemente en italiano y por su expresión extática, desprovista de animación, parecía hablar repitiendo palabras oídas:

—…y por la voluntad de Brahma, he sido la elegida.

—La elegida para que Yogg, mi dueño, a cuya voluntad obedezco ciegamente, me señale el camino —recitó Yogg, el hindú.

Y mientras ella repetía sus palabras, él movía los labios, dictándoselas.

—El camino del poderío para la raza secular, que obtendré por mi enlace con Ertoghul, hijo de Deli Hussein. Antes que vengan los Thugs, los Estranguladores, un Yogg ha sido enviado porque disponía de armas más sutiles y refinadas. Yo soy Yogg, el santón. Yo soy Yogg, el depositario de la fuerza invisible.

A medida que hablaba, el viejo hindú clavaba sus ojos relucientes y sin parpadeos en los ojos azules, de la que estaba en trance, hipnotizada.

—Soy el mensajero de la voz de Brahma. Tú eres el instrumento elegido para abrir paso a la acción de los Thugs, servidores de la

diosa Kali, que sembrará la destrucción entre los súbditos de Deli Hussein. Yo soy dueño de tu voluntad, y, a través de ti nos apoderaremos de la voluntad de Ertoghul.

Cuando ella hubo terminado de repetir mis palabras, el viejo hindú hizo con las dos manos descarnadas varios ademanes, trazando círculos en el aire ante los ojos de la hipnotizada.

Murmuraba a la vez una extraña cantinela. Ella cerró los párpados, reclinóse hacia atrás y pareció dormirse, adosada contra las mullidas pieles del ancho respaldo cuyo asiento era un amontonamiento de cojines y tapices.

Las cuatro linternas verdes brillaron con luz natural al quitar el hindú las telas verdes que cubrían los cristales.

El aposento, ricamente amueblado, donde residía, desde hacía tres semanas, Leila, la misteriosa veneciana raptada en Corfú por Yogg[1], comunicaba con otra sala, sin más mueble que una estera de nudosas fibras que servía de lecho al hindú.

Entró Yogg en tal sala... Poco después, Leila abrió los ojos y, pasándose la mano por la frente, intentó recordar.

Vivía una continua pesadilla por la presencia del hindú, cuyo maléfico poder la mantenía fascinada y sin voluntad.

Tembló, pese a la tibia temperatura del recoleto aposento, cuando Yogg reapareció ante ella, hierático, apoyando en los magros hombros las largas manos cadavéricas. Tal era la postura en que Yogg, en pie y cerrados los ojos, la hablaba, cuando no la sometía a trance.

—Hoy empiezan los grandes festejos que por espacio de siete días precederán a tu boda con Ertoghul, hijo del Osmán Deli Hussein.

—Yo soy blanca, y los turcos odian mi raza... —dijo ella, débilmente.

—Gané la voluntad de Deli Hussein, y él supo por mis labios que en la isla, de Corfú estaba la Princesa Azul. La que, según el libro otomano, siendo hija de blanca y de poderoso jefe turco, debe, por su enlace con hijo de preclaro caudillo turco, atraer sobre los otomanos la bendición de su dios.

—Yo era feliz viviendo ignorada en Corfú...

—Tu destino era reinar, porque yo te elegí. Tú reinarás sobre la voluntad de Ertoghul, que perece de amores por ti, y sólo una vez te

vió. Yo reino sobre tu voluntad, y pronto llegará el día en que, muerto Deli Hussein, su hijo le suceda. Y entonces triunfarán los de mi raza, que en lejanas tierras esperan mi mensaje.

Los muros del aposento, cubiertos, por pieles y tapices, amortiguaron el eco de atabales, y clarines.

—Hoy empieza la Gran Fiesta. Deli Hussein quiere magnificar el advenimiento de la Princesa Azul. Al caer el sol, y durante siete días, una blanca será sacrificada en el horno calcinatorio, en holocausto de sumisión, invocando la bendición de Alá. Por eso ahora los guardianes del palacio proceden a apoderarse de las que han sido señaladas para el holocausto.

Horrorizada, ella avanzó las manos en ademán implorante.

—Yo no quiero ser la culpable de que sean sacrificadas unas pobres inocentes. ¿No basta con mi sacrificio?

—Sólo la voluntad de Ertoghul podría impedirlo, si tu le suplicas. Podrá, quizá, imponerse a la voluntad de Deli Hussein, que, hoy por hoy, es quien gobierna en Candía. Si consigues que Ertoghul desafíe la cólera de Deli Hussein, intercediendo a favor de mujeres de la raza impura, señal será de que tu voluntad se ha adueñado de la de Ertoghul. Pero lo que no conseguirás, ni tú ni Ertoghul, es evitar el sacrificio de los impuros que son aprisionados en estos instantes...

—¿Qué hicieron?

—Son pescadores cretenses, de tu raza blanca. Divididos en tres grupos seleccionados por el curador de cuerpos cautivo...

—¡El médico veneciano Filipo Cheltaldo!

—Sí. El que te cuidó a tu llegada... Él tiene por misión escoger a los que servirán de pasto a las llamas, a los que morirán destrozados por los luchadores eunucos, y a los que remarán las galeras cuyas catapultas, sembrarán flores al paso del cortejo nupcial...

—¿Por qué he de ser culpable de tantas muertes?.. —gimió ella.

—No lo eres, bou fiestas que los turcos disponen en cualquier lugar en que dominen, donde se celebren los esponsales de un gran jefe. Y lo es Ertoghul, sobre el cual tú reinarás por la fuerza invisible del amor. Y recuerda que yo reino sobre ti por la fuerza invisible del poder de Brahma.

Abrió repentinamente los ojos el viejo hindú, y la sugestión de sus ojos magnéticos devolvió al semblante de Lejía, la veneciana, la

carencia de expresión que denotaba que su mente estaba por completo bajo la influencia de Yogg, el santón.

Capítulo II

Filipo Cheltaldo, selecciona

Al vencer a los venecianos, y apoderarse de la isla, sólo uno de los antiguos dueños —, de Candía quedó en aparente libertad.

Era el médico Filipo Cheltaldo, el Cual fué utilizado por Deli Hussein como “curador de cuerpos”. Habitaba en un gran caserón donde diariamente desfilaban los enfermos de las dos clases: naturales de la isla, y genízaros opresores, actuales dominadores.

Egoístamente, el médico, para conservar la vida, había aceptado poner su ciencia al servicio de Deli Hussein.

Sólo una vez corrió peligro su existencia... Tres semanas antes, el propio Deli Hussein habíale visitado, manifestándole que moriría si no lograba salvar a la Princesa Azul.

Supo entonces Cheltaldo que la doliente confiada a sus cuidados no estaba más que debilitada por el prolongado trance hipnótico a que había estado sometida desde que Yogg, el hindú, la había raptado de Corfú.

Sabedor ya el veneciano del poder dé sugestión del hindú[2], desviaba siempre sus ojos cuando se veía ante el viejo Yogg.

No supo por qué había sido traída a Candía la linda veneciana hasta que, una vez la hubo confiado de nuevo a los genízaros que la condujeron en andas y solemnemente a palacio, casi la olvidó, pero por poco tiempo; repentinamente, un emisario de Deli Hussein le reveló, indirectamente, la razón de la presencia de Leila en Candía.

El emisario le advirtió que. al día siguiente, siete vírgenes cretenses serian recluidas en la “casa de curación”, destinadas una por una al sacrificio, quemadas en pira de leños olorosos que esparcieran por los ámbitos volutas perfumadas de incienso que impetraran el favor de Alá sobre la próxima boda del Gran Ertoghul, hijo de Deli Hussein, con la Princesa Azul.

Anunció también el emisario, que, a la mañana siguiente, en la playa, los genízaros y eunucos, harían una leva entre los pescadores y que por su robustez servirían para los festejos de celebración.

El, como "curador de cuerpos", apartaría a los enfermos o tarados, que se destinarían al sacrificio matutino, que, al igual que el vespertino de las vírgenes, tendría lugar en los hornos calcinatorios erigidos en la "Loma del Dragón".

Formaría otro grupo destinado al espectáculo de la lucha con los eunucos especializados. Y un tercer grupo sería el seleccionado para remar en las galeras, cuyas catapultas llenarían de flores en copiosa lluvia el paso del cortejo nupcial, desde el palacio de Deli Hussein hasta la morada donde Ertoghul viviría con la Princesa Azul, la esposa elegida según el Libro Sagrado.

De carácter poco amable, Filipo Cheltaldo, al marcharse el emisario, no pensó en la sangrienta serie de muertes que jalonaría por espacio de siete días la celebración de aquellos esponsales.

Pensó tan sólo en la enojosa tarea que a la mañana siguiente le incumbiría, auscultando y procediendo a interrogar a los toscos, incultos y amedrentados pescadores que, en rebaño de prisioneros, llevarían los genízaros y eunucos a su sala.

Al amanecer, subió a la terraza del caserón habilitado como "casa de curación", y con indiferencia de resignado cautivo, contempló adustamente la maniobra envolvente que ejercían los genízaros, rodeando la playa donde incautamente y ajenos a lo que iba a suceder, los pescadores cretenses dedicábanse a remendar redes, vender pescado, y otros, a tomar el sol pacientemente, echados de bruces en la arena.

Todos vestían la peculiar ropa de calzón corto de tosca tela azul, desnudos el torso, pies y piernas. Rodeaban sus cabezas con pañuelos de distintos colores, desde el llamativo rojo hasta el apagado parduzco.

La luz del amanecer y los primeros rayos solares iluminaban en la bahía de Knossos la gallarda presencia de las cuatro naves maestras del osmán Deli Hussein.

Distaban un centenar de metros de la playa lindante con las edificaciones. y la ancha franja arenosa qué a este y oeste de Knossos se extendía, tenía en su sector oeste una característica especial.

Era el mercadillo de Knossos. Por él deambulaban pescadores, colocando cestas con pescado en la arena. Empezaban a acudir mujeres de pintoresco ropaje, que si bien eran blancas, habían obedecido la orden otomana de cubrir sus rostros con el velo.

Toda la playa aparecía ocupada por los pescadores, menos en un extenso rectángulo,.donde uno de los lados era el mar, y los otros tres, hileras de ramaje espinoso levantado en barrera.

Una barrera tras la que escudo y lanza, como armas empuñadas, y sable al cinto, unos veinte genízaros de la guardia del Osmán paseaban, manifestando bien a las claras su misión de impedir que nadie entrara en el rectángulo que daba precisamente

frente a las cuatro naves ancladas a un centenar de metros.

Imitando la actitud de varios pescadores cretenses que, por no haber salido a la pesca o por haber declinado en otros la labor de vender, se tendían boca abajo buscando el calorcillo de la arena para sus cuerpos, había dos hombres que, por su atuendo, no se diferenciaban en nada de los demás.

Como ellos, vestían calzón corto. Como ellos, tenían el tórax, piernas y pies desnudos, y cubrían a medias sus cabellos con pañuelos anudados a la nuca.

Tenían también los rostros hirsutos... denotando que hacía días no habían utilizado la navaja de afeitar.

Pero ni Filipo Cheltaldo, contemplando la playa desde lo alto de la terraza, ni nadie de los que deambulaban por la playa, conocían el verdadero motivo de la presencia de aquellos dos hombres tendidos indolentemente, que al parecer eran dos más de los pescadores cretenses.

Eran el Pirata Negro y “Cien Chirlos”, quienes, tras varios días de travesía y procedentes de la costa italiana, habían llegado de noche al litoral de Knossos, dejando oculta entre rocas su lancha velera.

Y atravesando los boscajes, habíanse confundido al amanecer con la turba de bronceados pescadores.

El propósito que les había llevado allí era el hundimiento de las cuatro naves de Deli Hussein. Aquella hazaña significaría la dote de Gabrielle Lucientes de Civry...

Boca abajo, el Pirata Negro y su lugarteniente apoyaban la barbilla ennegrecida por el pelo en las manos aplastadas contra la

arena.

“Cien Chirlos” guiñaba los ojos, contento, porque estaba en compañía de su ídolo. El hecho de que estuvieran en tierra cuyo idioma desconocían, rodeados de turcos crueles y fanáticos y con una misión casi imposible de realizar y que suponía una muerte casi segura, en nada alteraba la placidez con que “Cien Chirlos", arrugado el rostro deforme, permanecía tendido como un honesto pescador descansando de las fatigas de una labor inofensiva.

Los más cercanos a ellos distaban lo suficiente para que no fuera oído el Pirata Negro, que, mirando al mar, comentó:

—Ahí están. Cuatro hermosas naves.

Guardó silencio cuando vió que un jenízaro, reconocible por su alfanje, el escudo, la lanza y el vistoso ropaje, acercábase mirando a diestro y siniestro.

Sus babuchas, incrustadas en trocitos de nácar y rematadas en punta retorcida, rozaron, los rostros de “Cien Chirlos” y Carlos Lezama.

Siguió andando... Cuando estuvo lo suficientemente lejos, el Pirata Negro, entre dientes, pero muy claramente para los oídos de su lugarteniente, hizo otro comentario:

—Un par de ellos que por la noche nos pongan los pies tan al alcance, y apuesta triple contra sencillo, guapetón, a que esta noche habrá dos nuevos genízaros en Knossos.

“Cien Chirlos” limitóse a fruncir los labios en especial sonrisa, y a asentir cabeceando.

—Podré soportar con paciencia hasta la noche, que aquí tendido no se está mal. Son naves bien artilladas. Veinte bocas por borda. Cuatro palos y doble espolón. Fíjate en cómo están situadas. En rombo... ¿Te das cuenta de una cosa, guapetón? Dos genízaros que soltaran andanadas desde la nave que más próxima está, y tomando por blanco las otras tres naves, harían un buen destrozo, ¿no crees?

Asintió. Vigorosamente “Cien Chirlos”.

—Suponiendo que nosotros fuéramos esos dos genízaros, hay un inconveniente, buen mozo. Para hundir uno de esos dos cascos, aun cuando con el factor sorpresa, necesitaríamos largar cinco cañonazos bien atinados. Mientras tal hiciéramos, los verdaderos genízaros de la nave desde cual disparásemos, correrían a quitarnos de las manos las espoletas. Pelea... y no podríamos ultimar nuestra

misión, porque seguirían tres naves intactas, ya que, aunque lográsemos escapar, ellos estarían sobre aviso... Tate... ¿Tanto turco viene hoy a comprar pescado o será costumbre de los de la guarnición el pasear por estos contornos?

Siguió “Cien Chirlos” la dirección de la mirada del Pirata Negro, y vió que a una treintena de metros de la ancha playa dos hileras de genízaros iban formándose, alargándose, en compacta barrera.

Llevaban la lanza asida a la inversa, con el regate de hierro apuntando hacia la arena y en alto, y casi a toda largura, la vara de madera.

—Será costumbre de la isla-murmuró el Pirata Negro, mirando frente a él —. Tate... ¿También todos ésos vienen por pescado? Reina la confraternidad comercial entre cretenses y dominadores.

Ahora vió “Cien Chirlos” que de las cuatro naves habíanse destacado lanchas que, repletas de genízaros, iban acercándose al litoral, pero no con proa hacia el rectángulo protegido por los espinos, como sería lo natural si hubieran sido fuerzas de relevo.

Dirigíanse hacia la playa ocupada por los pescadores, y desembarcaron formando una doble hilera en todo semejante a la ya formada a espaldas de la playa.

Y quedó construido un nuevo rectángulo, al unirse a doscientos metros más allá las dobles hileras, quedando otro de los lados formado por el cercó de espinosos ramajes.

Los recién llegados llevaban también la lanza a la inversa. Todos conservaban una rigidez impasible, impresionante, de estatuas bélicas y rostros mongólicos, de altos pómulos y oblicuos párpados.

El Pirata Negro, siempre tendido al igual que “Cien Chirlos”, acariciόse con el meñique el rostro hirsuto por los varios días sin trabar contacto con la navaja.

—Si en vez de peces hubiera oro en las cestas, Comprendería la razón de este despliegue de fuerzas...

Redoblaron de pronto unos atabales y sonaron agudos clarines... Todos los pescadores, que empezaban ya a dar señales de inquietud, cuchicheando entre sí, quedaron expectantes, así como las mujeres, cuando de la doble hilera de genízaros dando frente a la qué cerraba el paso al mar, salieron tres tamborileros y tres portadores de largos instrumentos de cobre.

Tras ellos iba un turco llevando en la diestra una plancha de

madera, a modo de bandeja sin contenido.

Alzó el cuadrángulo de madera, y uno de los atabales repicó insistentemente. Al cesar el redoble, el pregonero leyó en turco primero, y después, terminada la lectura de los caracteres grabados en la madera por uno de los escribanos del Osmán Deli Hussein, tradujo el mensaje al griego:

“Por el gran poder de la Media Luna que impera en estos mares, y para celebración de los esponsales de Ertoghul, mi hijo, yo, Osmán Deli Hussein, delegado con mando del “padichá” Eskender Bey, ordeno leva de cuantos hombres del pueblo de Knossos se hallen al amanecer en la playa occidental.

"Ordeno sea cercenada la cabeza de quien pretenda, huir. Ordeno sea cercenada la cabeza del que presente resistencia. Ordeno sea cercenada la cabeza de quien no cumpla y acate cuanto ordenen los eunucos. Ordeno sea cercenada la cabeza de la mujer que, a la lectura de mi leva, permanezca entre los hombres.

"Obedeced, perros infieles, por el gran poder de la Media Luna que impera en estos mares.”

La actitud de los oyentes fué en ellos de lasitud y abandono. Los que estaban en pie, quedaron arrodillados los más, y tendidos los otros.

Alguna que otra mujer gritó en sollozos, pero todas fueron abandonando el cerco de genízaros, que se apartaban para dejarlas paso. “El contacto, de una perra infiel, mancha al otomano fiel”...

Sólo una, asida a los hombros de un robusto pescador, forcejeaba con él, que quería apartarla de sí.

Un genízaro avanzó corriendo, y su alfanje salpicó de sangre la arena donde rodó la cabera femenina.

El pescador, que aun tenía contra sus hombros las manos de la decapitada tan rápidamente, se abalanzó hacia adelante, derribando el cadáver y dirigiendo sus manos hacia el cuello del turco que oficiaba de verdugo.

El alfanje relampagueó de nuevo, y la cabeza del pescador rodó y, por tétrica coincidencia, fué a chocar contra la cabeza femenina.

Retrocedió el genízaro, ocupando otra vez su puesto entre la doble hilera. Cuantos hombres quedaban, tenían postura de reses acorraladas...

—Tate... Hasta ahora, nada me he enterado de lo que leyó el

ventrudo turco. Esas dos cabezas que han caído demuestran que los alfanjes maniobran con celeridad.

De pronto irrumpieron, corriendo, numerosos sujetos de extraño aspecto. Desnudo el grasiento torso, rapada por completo la cabeza, donde sólo había una coleta, que en mechón lacio les bailoteaba en la nuca, y cubiertos desde el talle hasta los pies desnudos por anchos pantalones, los más de ellos eran adiposos.

Llevaban en la diestra un largo látigo, que hacían restallar contra la arena...

No habían irrumpido desordenadamente, como al principio parecióle al Pirata Negro, Reuníanse por grupos que en la zurda asían los eslabones de largas cadenas, que era las que les formaba en serpenteante hilera.

—Tate... Mal empieza el día, guapetón. En pie, muchacho. Nada de pelea, porque sería sucumbir inútilmente. Veremos a qué vienen esos látigos y esas cadenas.

Los pescadores fueron agrupándose... Los primeros de ellos que se hallaron frente a los eunucos recibieron sendos latigazos, hasta que, dócilmente, fueron colocándose uno tras otro, pecho contra espalda.

Aceleradamente, los eunucos iban asiendo las muñecas zurdas de los sumisos pescadores, introduciéndolas en las argollas que cerraban alrededor de la piel.

Quedaron prontamente constituidos cuatro cordones de prisioneros, reunidos entre sí por sus muñecas izquierdas y distanciados por medio metro cara contra espalda.

El Pirata Negro quedó el último de una de las cadenas, y ante él, las anchas espaldas de “Cien Chirlos” se estremecían de furor.

Chasqueó el Pirata Negro la lengua contra el paladar, como el arriero que pacifica a un caballo loco propicio a mansedumbre.

Restallaron con ira el suelo los látigos de los eunucos diseminados a lo largo de las cadenas. Púsose en marcha la cuádruple hilera de prisioneros, llevando al frente el medio centenar de genízaros, e igual número a retaguardia.

Un absoluto silencio reinaba entre todos los pescadores cretenses, que fueron desfilando por entre las blancas casas de la pequeña ciudad, hasta entrar conducidos en el vasto aposento donde Filipo Cheltaldo efectuaba a diario sus curaciones.

Mal encarado, hosco y secretamente molesto por la tarea que en aquel día le incumbía, el veneciano escuchó con aparente atención las palabras del eunuco jefe, que en dialecto candiota de los naturales de la isla, señaló la triple hilera de encadenados:

—Estos son los perros que el Gran. Osmán ha decidido compongan la leva necesaria para celebrar los festejos.

—No necesito elegir a los destinados a los hornos de holocausto que esperan en la "Loma del Dragón", porque, debiendo ser los más débiles y que no resulten aptos para la lucha o el manejo de remos, tú mismo, con simple ojeada, puedes seleccionar a los menos fuertes.

Quería con ello Cheltaldo evitarse el tener que señalar personalmente a los que iban a sufrir horrible muerte que representaba el servir de pasto a las llamas.

Pero el jefe de los eunucos denegó violentamente con la cabeza, y el remate de su látigo volvió a señalar a la triple hilera de encadenados.

—Tú los eliges, porque son blancos, y porque así lo ha ordenado el Gran Osmán. Designa primero a los que consideras propicios para el holocausto y que han de ser llevados a la "Loma del Dragón".

—Según ya me comunicaron, deben sacrificarse veintiún hombres...

—Tres de ellos cada amanecer, para que sus cenizas alimenten el rescoldo donde en la hora del crepúsculo arderá la virgen destinada a impetrar la favorable bendición de Alá sobre la noche y sus peligros.

Filipo Cheltaldo anduvo por entre las tres hileras, observando en inquisitivo ojeo el aspecto físico de los prisioneros.

Aunque insensibilizado por su profesión y su carácter poco propenso a sentimentalismos, no podía dejar de sentir cierto desasosiego cada vez que, apercibiendo una anatomía más endeble que las restantes, apuntaba hacia ella un dedo inexorable, porque tal gesto significaba la muerte.

Uno de los así elegidos y que había oído el intercambio de frases entre el eunuco y el veneciano, por su proximidad al médico, miró airado a Filipo Cheltaldo.

Mientras le separaban de la cadena y era asido por los hombros por dos eunucos, gritó en candiota:

—¡Cobarde, traidor a tu raza! Envías a la muerte a tus semejantes… Contigo defendimos esta isla y eres ahora un lacayo de los turcos…

No pudo continuar, porque los eunucos lo alejaron a empellones, para obligarle a subir en el alto carromato que, tirado por bueyes, aguardaba en el exterior.

Siguió Filipo Cheltaldo su macabra selección. Había palidecido al, oír los denuestos del cretense, porque muchas veces sentía en su conciencia un leve remordimiento por haber preferido egoístamente vivir, a seguir la suerte de los que, espada en mano, habían perecido en los reductos asaltados por los turcos, mientras él permanecía, oculto, y después, al ser apresado, confesaba con astucia de cobarde que era médico de la humanidad, sin distinción de razas.

Cuando quedaron veintiún pescadores menos, la mirada de Cheltaldo, aguda e inquisitiva, fué fijándose en los que hasta entonces no había detallado, porque resaltaban poderosamente sus bustos bien musculados y su estatura.

El jefe de los eunucos, a su lado mientras él pasaba entre las filas, indicó:

—Elige ahora con sapiencia, curador de cuerpos. Hay hombres fuertes que sirven para empuñar remos y no tienen valor para luchar.

—¿Qué más da? Siendo de apariencia robusta…

—Si los que apartes para la lucha no tienen ánimo batallador, el Gran Osmán se enfurecerá, porque privarás de emoción el festejo.

—Éstos son todos hombres fuertes. Varios de ellos lo son en grado sumo, y pueden poner en aprieto a tus mejores luchadores. Pero yo no puedo discernir si puestos en liza querrán o no combatir.

—Hablales-y el eunuco jefe bajó la voz hasta hacerla tan sólo audible para Cheltaldo —. Promételes que el Gran Osmán les perdonará la vida si salen vencedores. Así lucharán con brío.

—Si alguno de esos desgraciados derrota a los mejores luchadores del Gran Osmán, ¿qué suerte le destinaran?

Conocía Cheltaldo la falsedad de aquella promesa. La irritabilidad de los crueles turcos no perdonaría al que lograse vencer a uno de ellos.

—No inquieras, Cumple-ordenó secamente el jefe de los eunucos —. Y procura elegir bien; de lo contrario, tú serás responsable si los

que apartes no tienen entereza de gladiadores.

—Sólo veo un medio de procurar acertar: interrogarles lejos de tus oídos; así ellos hablarán sin rencores, y yo sabré cuáles son los que anteponen a todo instinto de conservación, el odio... Y podré así apartar los que serán indudablemente del agrado del Gran Osmán, porque lucharán enconadamente.

—Sabias palabras, curador de cuerpos. Toma el tiempo que quieras para poner en confianza a los que interrogues. Quiero que el Gran Osmán quede contento de las luchas. Yo y mis hombres nos apartaremos.

—¿Con qué señal marcaré a los remeros y a los luchadores?

—A los de galeras, oblígales a doblar una rodilla. Los luchadores, que queden en pie. Promételes, a los que deseen luchar, que se les dejará con vida si vencen.

Alejóse el jefe de eunucos, que, con los restantes, formaron en compacta masa en el gran pórtico de entrada.

Filipo Cheltaldo inició, su interrogatorio con un robusto cretense.

—La mitad de vosotros iréis a remar a galeras, donde después de los festejos seréis transportados a la tierra turca, para allí permanecer hasta la muerte en banco de remo. La otra mitad subirá al estrado para contender con los luchadores. Quien venza de vosotros, tendrá vida salva y podrá volver con los suyos a la vida de hogar.

—Morir en un banco de galera o morir destrozado en lucha es lo que me das a elegir, ¿no? —replicó despreciativo el pescador.

—Cumplo órdenes. ¿Qué eliges?

—Morir por morir, prefiero conservar la esperanza de escaparme de galeras.

—Entonces, pon rodilla en tierra, que así es como los eunucos sabrán que has elegido remar en las galeras.

La mayor parte de los prisioneros oyeron las frases pronunciadas por Filipo Cheltaldo en voz alta.

Pero tres de entre ellos, aunque le oyeron, no comprendieron el significado, va que desconocían el dialecto candiota.

Dos eran el Pirata Negro y “Cien Chirlos”. El tercero, era un joven de alta talla y anchas espaldas, cuya corta barba rubia y la enmarañada cabellera enmarcaban un rostro apolíneo, enérgico, de

claros ojos azules.

Vestía calzón corto como los demás, pero daba la impresión, aun estando encadenado, de poseer una arrogante distinción, por más que intentaba adoptar un aire de sumiso enojo, al igual que los pescadores.

Filipo Cheltaldo fué desfilando... Muchos de los pescadores se arrodillaban, porque, al igual que sus compañeros, confiaban salvarse huyendo algún día de las galeras.



Contesta dijo Cheltaldo.

En cambio, sabían que era falsa la promesa del Gran Osmán de dar vida salva al que lograse vencer a sus luchadores.

De pronto, Filipo Cheltaldo se detuvo, plasmado en el rostro la expresión del más hondo estupor. Miró al alto pescador rubio como si viera un fantasma...

Maquinalmente sus labios murmuraron en candiota.

—Vida salva promete el Osmán al que luche. De lo contrario irás a remar a galeras...

El joven de apolínea presencia contrajo, las mandíbulas, guardando silenció.

—Contesta-conminó Cheltaldo, dilatados los ojos por la sorpresa que notábase iba invadiéndole, como si no diera crédito a lo que sus ojos, veían.

Pero el supuesto pescador continuó en silencio y en pie. Filipo Cheltaldo siguió andando, pero se movía como un autómata...

Al finalizar una de las filas, la misma en que estaba encadenado el joven rubio, dióse cuenta de hallarse ante los dos hombres que consideraba los más fuertes que nunca había visto.

Uno de ellos era macizo y de basta musculatura. El otro, más esbelto, tenía, sin embargo, la potencia acerada de un felino en reposo.

Hábil entendedor en anatomías, comprendió Cheltaldo que aquellos dos hombres poseían una fuerza latente sin igual. Uno de ellos le miraba ceñudamente, contraídas las cicatrices del rostro, y el otro silbaba tenuemente como si intensara con sus silbidos apaciguar un can rebelde.

—Vida salva si eliges luchar. De lo contrario, arrodíllate-dijo en candiota el veneciano.

El Pirata Negro se encogió de hombros, y “Cien Chirlos" se apresuró a imitar su gesto.

Lo que siguió fué rapidísimo. Los eunucos a una señal de Filipo Cheltaldo avanzaron y liberaron las muñecas de los tres únicos que permanecían en pie, conduciéndolos al fondo del aposento, dónde les hicieron sentar en un camastro atándoles el brazo izquierdo a una argolla puesta en el muro, y el brazo derecho en otra argolla empotrada en el suelo.

El jefe de los eunucos agitó el látigo, haciéndolo restallar contra las espaldas de los que continuaban arrodillados.

—Iréis a bordo de las galeras-decretó iracundo —. Pero cuando estos tres perezcan en la lucha, por la tuerza haré subir al estrado a unos cuantos de vosotros.

Y mientras los eunucos, tirando de las cadenas, se llevaban a los restantes prisioneros, encaróse el jefe con Filipo Cheltaldo.

—Cuida de que esos tres hombres tengan buen alimento. Cébalos, y que beban vino de Chipre, para encender sus ardores combativos. Tú respondes de ellos, curador de cuerpos. Deberán subir al estrado animosos y dispuestos a luchar hasta morir.

—Así lo haré.

—Mañana al mediodía esos tres iniciarán el festejo de luchas.

Se marchó el jefe de eunucos. El aposento quedó agrandado por contraste con la anterior abundancia de ocupantes.

Sólo había ahora tres hombres sentados en un camastro adosado a la pared, en alto un brazo pendiente de

la argolla, y preso el otro en el anillo del suelo.

Filipo Cheltaldo sentóse en un escabel frente a los tres supuestos cretenses, y en italiano dijo con voz en que se percibía la mayor de las incredulidades y temores:

—Pero ¿es posible que fuerais tan alocado como para venir aquí, príncipe Tulio?

Capítulo III

Un idilio de romance

El joven rubio a quien iba dirigida la pregunta del cirujano, miró rápidamente a su costado, donde sentábase el Pirata Negro.

Este le miró ladeando la cabeza, y después miró a su lugarteniente silbando tenuemente, con el silbido que para “Cien Chirlos” significaba una orden de absoluto silencio.

Filipo Cheltaldo esbozó un ademán tranquilizador.

—No os inquietéis, príncipe Tulio. Son dos pescadores cretenses y no entienden una gola palabra de italiano.

—Pueden ser de los que ayudaron a nuestras fuerzas cuando dominaban en la isla. —dijo sensatamente el misterioso joven.

Filipo Cheltaldo hizo un experimento que supuso infalible: Señaló con el índice al Pirata Negro, y en italiano le espetó:

—Te proporcionaré la huida... a ti y a tu compañero.

Aguardó unos instantes y al ver la absoluta impavidez con que el Pirata Negro, al igual que “Cien Chirlos”, acogía su oferta, volvió a mirar al tercer prisionero:

—Lo habéis comprobado, príncipe. Si uno de ellos entendiera la menor palabra de italiano, habrían respingado. Son seguramente pescadores de los que durante la dominación de nuestras fuerzas, se refugiaron en el interior de la isla, para salvarse de las continuas luchas y bombardeos de la escuadra turca. ¿Qué hacéis vos aquí, príncipe?

—¿Qué hacéis vos aquí, Cheltaldo?

—Ejerzo mi profesión. He sido el único superviviente y los turcos me perdonaron la existencia a cambio de que yo atendiese a la curación de los habitantes de Knossos. Sabed, príncipe, que los otomanos tienen en gran estima sanear los lugares donde se hallan. La peste, el cólera, y las otras enfermedades que los pastores y

marinos propagan, les hacen, cuidar mucho de la limpieza y castigar severamente a los que no quieren someterse a mis prescripciones. La última vez que os vi, príncipe Tulio, estabais en...

Deslizó el joven una nueva mirada, hacia su vecino, que parecía muy ajeno a cuanto se hablaba, cerrados los ojos, al igual que "Cien Chirlos".

—¿No les extrañará que no hablemos en su dialecto, Cheltaldo?

—No temáis. Son como todos los demás, gente inculta, y poco dada a sacar deducciones o reflexionar. Se figurarán que vos sois griego o de la isla de Chipre. Como decía, príncipe, la última vez que os vi fué en ocasión de que la nave en la cual como cirujano me dirigía hacia esta maldita isla, recalara en vuestro principado. Os he recordado perfectamente, aunque entonces tuvierais varios años menos? Estabais con vuestro tío, el Duque Regenté de Corfú...

—Que sigue regentando.

—Hermosa isla, príncipe. Por eso mismo y dada vuestra personalidad, juzgad de mi asombro al veros confundido entre esos pescadores, vistiendo como ellos, y encadenado.

—Largo es de contar, señor médico-dijo con semblante pesaroso el joven príncipe.

—Podéis confiar en mí, aunque quizá me despreciéis por haberme humillado cobardemente al yugo turco, prefiriendo seguir en vida.

Hizo con los hombros un gesto evasivo el joven rubio.

—Lo comprendo, príncipe. Vos sois joven, y por vuestras venas corre sangre cálida y valiente. Yo voy para, viejo y no tengo ímpetus de guerrero. Vine acompañando las fuerzas como cirujano... Soy médico y curo sin distinguir razas. Pero creedme, si os juro que sigo siendo italiano desde lo más profundo de mi corazón. Añoro mi Venecia querida, a la cual nunca podré volver.

—¿Por qué no habéis intentado la fuga?

—Estoy vigilado y no puedo salir de aquí si no es acompañado. Y aun suponiendo que lograra llegar a una lancha, renuncio de antemano en mi pensamiento a lanzarme al mar, desconociendo lo más elemental del arte de la navegación. Pero olvidemos mí situación, príncipe. ¿Qué inexplicable impulso os ha hecho venir a esta isla? ¿Naufragasteis?

—Vine voluntariamente.

—¿Cómo decís?.. ¡Es imposible!... ¡Vos sabéis quiénes son los turcos! ¡Crueles y despiadados, os torturarían si supieran que no sois un pescador más dé la isla!

—Por eso me vestí así. Hace cuatro noches desembarqué. Huí de Corfú, y un marinero griego me condujo al sur de la isla. Llegué hasta aquí, andando de noche y durmiendo de día en la floresta.

—Pero... ¿hubo acaso revolución en, Corfú? ¿Os traicionó vuestro tío el Duque Regente?

—En Corfú reina la paz y mi tío es bienamado por el pueblo y bienquisto de los poderes venecianos.

—No comprendo... ¿Cómo vinisteis entonces aquí?

—Tengo que remontarme lejos, Cheltaldo. Vos sabéis, porque lo oiríais decir durante vuestra permanencia de dos días en Corfú, que mi tío, con amable deseo, gestionaba mi enlate con dama de alcurnia.

—Como corresponde a quien sois.

—Pero yo no pensaba en casarme. Prefería galopar por los campos, cazar, cansar mi cuerpo en luchas amistosas con los campesinos, derribar árboles y bailar al son de oboes en fiestas populares.

—Tal oí comentar. El pueblo elogiaba vuestra bondad y la caridad que manifestabais para todos los necesitados.

—Mi madre me educó en la enseñanza de que tratar como iguales a los míseros de fortuna, enaltece al noble y adinerado... Pero me ceñiré al hecho.

—No temáis, príncipe. Aquí estáis seguro...

—Mis dos brazos presos no son de buen augurio. Pero en fin, ya luego me contaréis el porqué estoy así. Yo creía primero que los turcos habíanse dado cuenta de que yo era un falso pescador, que intentaba acercarse al palacio del Osmán Deli Hussein.

—No saben quién sois. Para ellos sois uno más de los pescadores cretenses.

—Decidme, Cheltaldo... ¿La habéis visto? ¿La conocéis? —y la voz del italiano era ansiosa al preguntar, tenso, el busto hacia delante.

Filipo Cheltaldo sorprendido, musitó:

—¿Conocer? ¿A quién?..

—Perdonad. Debo empezar por el principio. Allá en Corfú, un

día me separé de mis acompañantes en ocasión de una cacería. Estaba sediento y llegué sólo a un caserío aislado. Cuando salía de caza, tenía por costumbre vestir las mismas ropas que cualquiera de mis monteros. Y fué en un radiante mediodía dé abril cuando la conocí...

Calló unos instantes el príncipe, como emocionado por la dulzura de la evocación, más triste en aquellos momentos de desgracia.

—Un corazón enamorado, señor médico, no sabe verter con palabras toda la maravilla indescriptible de la hermosura del ser amado. Era... ¿cómo os diré?.. la sílfide soñada, la que en mis instantes de melancolía, deseaba yo conocer, para sentir la alegría de ser por completo feliz. Y la hallé en aquel hermoso día de abril me creyó un montero sediento, y el agua que me brindó en vaso de cristal me sipo a ambrosía que llenara como cincelada por el mejor de los orfebres.

—El amor produce esos espejismos, príncipe Tulio-comentó Cheltaldo, indiferente y no acertando a adivinar la relación que tenía con la presencia del joven en Candía, su “aventurilla” galante y bucólica. Pero adoptó un continente de deferencia.

—No era hija de campesinos. No sabía su origen, y en el menor de sus ademanes había una gracia de pureza. Seguí visitándola furtivamente bajo el disfraz de Tulio, el montero... Y ella me hablaba de sus inocentes aficiones por las flores, y sus juegos eran infantiles, plenos de candor. Tomé la decisión de casarme con ella, porque sólo a su lado tenía yo la plenitud consciente de cuán bella puede ser la existencia. Y una mañana infausta, al llegar, encontré la casa vacía... Ella no estaba: había desaparecido misteriosamente. Un Castorcillo habló de un viejo extraño, de larga barba rala y ojos de fuego, desconocido en la isla y con el que ella se había dirigido hacia una lancha...

Filipo Cheltaldo, que hasta entonces había escuchado por deferencia, pero sin interés, irguió repentinamente el busto, y sus ojos parpadearon repetidamente.

El príncipe Tulio de Corfú, ignorante del pasmo suscitado en su oyente, continuó:

—Fueron días y noches de sempiternas búsquedas. Por buhoneros, y gente de mar, conseguí al fin trazar una pista. No

podía organizar una expedición para rescatar a mi amada... Y por eso estoy aquí. Porque sé que mi amada está aquí. ¿Dónde? Lo ignoro. Pero fué traída a Knossos contra su voluntad, aunque pareciera venir voluntariamente según los testigos que de más o menos lejos la vieron pasar en compañía del viejo misterioso.

—¿Es rubia, frágil, de ojos muy azules?

El joven enamorado sobresaltóse, tensando los músculos:

—¿Cómo pudisteis adivinar? ¿La conocéis? ¿Sabéis dónde está? Presto, señor médico... ¡Decidme!

—Os ruego me confirméis si es rubia, delicada y de ojos azules.

—Su cabello tiene reflejos de sol, es etérea y sus ojos son luceros de cielo.

—Leila. —murmuró el médico.

Aquel solo nombre pareció galvanizar al joven y la conmoción que experimentó le hizo agitarse en el camastro.

Pero sus dos brazos presos le impidieron levantarse...

—¿Vos... vos sabéis entonces?.. ¡Por favor! ¡Decidme cuánto sepáis ¿Está con vida? ¿Sufrió daño alguno?

—Aquietad el ánimo, príncipe Tulio. Yo os contaré cómo conocí a vuestra zagala...

—¡Es mi prometida, señor médico! —saltó indignado el príncipe, y abatiendo de pronto la cabeza sobre el pecho, añadió:— Hablad, y no hagáis caso del que creyéndose príncipe, no es más que un cautivo de los turcos, sin la menor esperanza de salvar a la que quiero. Pero cuando os refiráis a Leila, llamadla mi prometida o por su nombre...

—Excusadme, príncipe Tulio. No fué mi intención menospreciar a la que lleva sangre noble, puesto que ha sido elegida por Princesa Azul y va a contraer enlace con Ertoghul, el hijo del Gran Osmán.

Abatido, el joven no varió de posición. A su lado, el Pirata Negro, entrecerrados los párpados, escuchaba con suma atención toda la conversación sostenida hasta entonces y ahora redobló su interés, aunque fingía el abandono de un prisionero sumido en sus pesares.

—Un día, vino aquí un cortejo de genízaros conduciendo a una enferma, que parecía postrada y agonizante. Era Leila, vuestra prometida, ya que así dijo ella llamarse cuando despertó de su letargo profundo. Pero el Gran Osmán la llamaba la Princesa Azul.

Vos no conoceréis esta leyenda según la cual la boda de mujer de raza blanca que lleve sangre turca de alcurnia en las venas, con hijo de caudillo otomano, puede significar simbólicamente el dominio de la raza otomana sobre el continente blanco. Y Yogg, el hindú, conocedor de esta leyenda, se ha servido de ella no sé con qué fines. Os hablaré primero de él, porque para, que entendáis cuanto os he de contar, debo poneros en antecedentes de la fuerza invisible que posee este infernal vagabundo hindú. Pero tendréis sed, príncipe Tulio. Os puedo ofrecer un vino de Chipre que conservo para los debilitados espíritus que…

Hizo ademán de levantarse, pero enérgicamente le atajó el joven.

—Seguid, señor médico. Mi espíritu no está debilitado, sino apesadumbrado por haber caído preso sin lograr lo que me proponía.

—¿Qué os proponíais viniendo solo?

—Tratar de rescatarla, o morir con ella.

—Bello idilio de romance, príncipe Tulio.

—Recuerdo que me dijeron que el cirujano Cheltaldo era escéptico. Os podéis pues burlar del hombre que siendo príncipe, vino a morir cautiva por el amor de una zagala como vos la llamáis.

—No me burlo, príncipe Tulio. Os envidio por ser capaz de sentir esos impulsos.

—¿Quién es Yogg, el hindú?

—Es el viejo de barba rala y ojos de brasa.

—El que sin aparente violencia raptó a Leila? Varias personas presenciaron el camino que siguieron por mar y tierra en etapas, y contestando a mis preguntas, afirmaron que Leila seguía dócilmente al viejo misterioso.

—Aparentemente así era… La ciencia está aún a obscuras en esta cuestión, pero es innegable que ciertos brahmanes del Indostán poseen una fuerza especial que reside en la fascinación que sus ojos ejercen. Ojos al servició de un cerebro poderoso, y que dominan por completo la voluntad ajena… Yo tuve noción de quien era Yogg el hindú, porque para ganarse la voluntad de Deli Hussein, le demostró prácticamente su poder, fascinando a centinelas de nuestro reducto a los cuales, con el solo influjo de la mirada les obligaba a matarse ellos mismos.

—¡Esto es increíble! ¿Pretendéis que un viejo puede imponer su voluntad a seres más fuertes?

—La fuerza no es corporal, príncipe. Es simplemente influir en el ánimo, forzándolo a acatar los dictados del cerebro fascinador. Yo soy médico y escéptico. Sin embargo, si tuve mis dudas sobre la teoría... personalmente asistí al conjuro satánico de los ojos del hindú. Cuando le veo, rehúyo sus ojos.

—Entonces, ¿Leila obedeció al mandato de los ojos del hindú?

—Sí.

—¿No pudo resistir al mandato de la fascinación?

—Nadie puede... a menos que posea una energía cerebral superior a la del viejo hindú. Pero hasta hoy, Yogg, para deleite de Deli Hussein; ha convertido en juguetes a cuantos hombres y mujeres ha elegido para demostrar su poder.

—¿Hizo algún daño a Leila?

—Ninguno. Muy al contrario.

—¿No decís que vino aquí enferma y postrada?

—La prolongada influencia que sobre su cerebro ejerció el hindú, durante el largo viaje desde Corfú a Knossos, la tenía sin pulso y, al parecer, agonizante. Bastó que cesara la presencia magnética del hindú para que ella fuera recuperándose.

—¿Dónde está ahora?

—En el palacio de Deli Hussein.

—¿Sufre?

—Supongo que no, príncipe Tulio, Muy al contrario, está atendida con honores de reina. No olvidéis que la consideran la Princesa Azul.

—¡Lo era mía! ¡Mía! —gritó, casi con ímpetu salvaje, el joven italiano.

—Triste debe ser contemplar el derrumbamiento de nuestras ilusiones, príncipe Tulio. Que os consuele el pensamiento de que Leila no ha sufrido la inicua suerte de las infelices raptadas para formar en el batallón de esclavas de harén. Será la esposa de Ertoghul, quien, según dicen, está perdidamente enamorado de la blanca veneciana.

—¡Callad, callad, os lo mando!

Y el joven italiano sollozó bruscamente, volviendo el rostro hacia la pared, en violento movimiento de cintura, para ocultar las

lágrimas a sus compañeros de cautiverio.

Filipo Cheltaldo tuvo un leve encogimiento de hombros como el que está ante un espectáculo incomprensible.

Miró a los dos que suponía cretenses, y, para dar tiempo a que el príncipe Tulio de Corfú se aquietase, habló en candiota:

—Tú, hombre del rostro poblado de cicatrices, ¿cuál es tu nombre?

"Cien Chiflos” continuó con los ojos entrecerrados. Estaba dispuesto a imitar en todo a su jefe.

Además, no se dió cuenta que el cirujano le hablaba a él, porque tan desconocidos le eran el idioma italiano como el dialecto candiota.

El médico, impaciente, tocó con su índice el pecho de “Cien Chirlos”.

—Contesta. ¿Cuál es tu nombre?

“Cien Chirlos” abrió los ojos y miró al Pirata Negro, que silbó tenuemente. Apretó los labios “Cien Chirlos”, y su máscara facial adquirió una horrenda expresión de decidida repulsa silenciosa y obtusa.

—¿Eres mudo? —preguntó Cheltaldo, con irritación—. ¡Bah! Si tú me desprecias, poco me ofendes.

Miró al Pirata Negro.

—Tú, silbador, tienes rostro inteligente, y tus ojos hablan de superior capacidad a la que corresponde a un pescador. Eres un magnífico atleta de músculos bien entrenados... ¿Las redes y él remo te dieron tal anatomía de gladiador romano? Serás un gran luchador...

El Pirata Negro aumentó la sonoridad de su silbido, echando hacia atrás la cabeza, cerrando los ojos y demostrando con su actitud que no quería conversar.

—¡Tercos brutos! —rezongó en italiano Cheltaldo—. Otro par de románticos que prefieren morir en pie y luchando... como el que por amor sacrificó un principado...

El joven italiano, con voz algo insegura aún, interrumpió el soliloquio del médico:

—Decidme, Cheltaldo: ¿a qué obedece la razzia, efectuada por los turcos esta mañana en la playa?

—¿No queréis saber más de vuestra amada?

—Vos decís que no sufre. Me basta.

—No sufre. Está bajo la influencia continua del hindú.

—¿Por qué estoy aquí prisionero? ¿Por qué se arrodillaban los que fueron presos? ¿Por qué esos dos hombres sentados junto a mí quedaron en pie? ¿Por qué en la playa un turco leyó una proclama que suscitó desesperación en todos los que la oían?

—Van a celebrarse los festejos de los esponsales de Ertoghul, el hijo de Deli Hussein, con la Princesa Azul. Durarán siete días. Los turcos aman los espectáculos crueles. De los prisioneros que aquí entraron, veintiuno han sido destinados a ser quemados vivos en el horno calcinatorio de la "Loma del Dragón":

—¡Qué horror! ¿Y vos... vos habéis señalado a los sacrificados?

—Tuve que hacerlo, eligiendo entre los débiles. Después... ¿visteis esos individuos de cráneo rapado y coletudo que manejaban el látigo?

—Sí.

—Son los eunucos vigilantes de palacio y los que ofician de verdugos. El jefe de ellos me ordenó, transmitiendo mandato de Deli Hussein, que eligiera a los que van a remar en las galeras floridas y a los que lucharán. Las galeras floridas constituyen una, parte de los festejos. Tienen a bordo catapultas que lanzarán nubes de flores sobre Knossos y el palacio donde la desposada y Ertoghul, durante siete días, permanecerán en su trono, mientras haya luz de sol. Ella, velada y cubierta de telas azules. Ertoghul dará las señales para los sacrificios en el horno, que serán seguidos por las lluvias de flores. Después, al mediodía, en un palenque construido al efecto, habrá luchas. Los más fuertes eunucos especializados en la lucha otomana contenderán con los que permanecieron aquí en pie: vos y esos dos pescadores.

—¿Por qué no hubo más que eligieran el luchar?

—En galeras tienen esperanzas de escapar, tarde o temprano... Los que iludían, mueren indefectiblemente... ¿Sabéis por qué? El que queda vencido por un eunuco queda a merced de éste, quien le corta la cabeza. El que vence, es opuesto a otro, hasta perecer. Como no bastarán tres, traerán más de las galeras.

—Prefiero morir luchando. Cheltaldo. No es reproche hacia vos...

—Vos no moriréis, príncipe Tulio. Sois italiano... Yo os dejé que

continuarais en pie, sabedor de que no habíais entendido mis palabras de advertencia a los demás, que pronuncié en dialecto de la isla. Si ahora continuáis encadenado, es porque desde el exterior os podrían ver. Pero esta noche os liberaré… y huiréis. Supongo que habrá lancha que os espere.

—No cuento con ella.

—¿Vinisteis para intentar el rescate de Leila?

—Así pensaba si la hubiera hallado en vida, o matar al culpable de su rapto y muerte.

—Pero… ¿cómo os la hubierais llevado, suponiendo que pudierais haberla rescatado?

—Habría cogido lancha de pescadores por la noche.

—Podréis; pues, hacerlo. Esta noche es liberaré y huiréis.

—¿Vos?

—Hasta hoy no pretendí huir porque soy cobarde y a solas no me hubiese atrevido a huir. Os facilito la huida porque os acompañaré. Quiero volver a mi Venecia.

—Perded la esperanza si de mí depende vuestro regreso a Venecia. Yo no quiero huir.

—¿Cómo?.. —Y por vez primera el médico pareció emocionado.

—Vine a rescatarla o morir. Ya que no puedo salvarla, moriré.

—¡Estáis loco!

—Vos no comprendéis mi estado de ánimo, señor médico. Os agradezco vuestra oferta…, pero no huiré. ¿Para qué irme? Sin ella, el mundo no puede ofrecerme bienestar.

—Volveréis a Corfú:.. Olvidaréis… Allí, los almendros en flor, cuando nazca la próxima primavera, tendrán por las noches trinos de ruiseñor que producirán en vuestro corazón nuevas congojas. Amaréis a otra. Creedme, príncipe Tulio… Cuando se es joven, se cree siempre que el amor es único, y que sólo una vez se presenta. Cuando yo fui joven, mi primer desengaño amoroso que dio la sensación de que todo quedaba sumido en tinieblas… Quise matarme…, y ya veis… Vivo estoy, y egoísta vivo…

—Ante Dios juro y por la Virgen Santa os afirmo, que no huiré. Ya que Leila no, sufre y vivirá desposada por otro…, ¡moriré! Que mejor me parecerá sucumbir aquí, qué morir de melancolía lejos de ella… ¡Callad, Cheltaldo! No citéis almendros ni ruiseñores… ¿Qué entendéis vos de eso? Las blancas flores me parecerían sudarios

mortales envolviendo las cenizas de un amor, que no triunfó, y los trinos de ruiseñor tendrían notas de nostalgia… ¿Cómo podría yo vivir, sabiéndola, entre otros brazos?.. ¡No huiré!… Seguiré la suerte de esos dos infelices pescadores, que valientemente han preferido morir matando, a vivir, cobardemente.

—Estéril sacrificio, príncipe Tulio.

—Estéril vida la vuestra, Filipo Cheltaldo.

—Devuelvo la Salud a los cuerpos.

—Con el alma vacía.

—No sufro.

—¡Creéis vivir y sois planta sin flor. Porque hombre que no es amado o no ama, es como tronco sin ramas ni savia.

—¿Amor? Ya veis a dónde os ha conducido. A perder un principado y con los brazos presos, sentado en un camastro turco, en compañía de dos pescadores suicidas.

—Verla… Verla… y después morir —dijo el joven, con místico arrobo.

—¡Me dais pena, príncipe Tulio.

—Más me la causáis a mí, Cheltaldo. Los instantes de sublime éxtasis que el solo roce de su mano me produjo, son suficiente recompensa.

—Idilio de romance… —masculló el veneciano, irritado—. Si esos dos pescadores pudieran entendernos, tened por seguro que os conceptuarían loco e insensato. ¿Conque, pudiendo huir, preferís morir?

—¿Por qué no intentamos huir y vivir?

Filipo Cheltaldo retrocedió en su asiento como si acabara de recibir en pleno pecho un pistoletazo.

Tulio de Corfú miró a su vecino con ojos desorbitados…

El Pirata Negro, sonriente, repitió en italiano:

—¿Por qué no intentamos huir y vivir?

Capitulo IV

"**El caballo de Troya...**"

Filipo Cheltaldo se repuso de la estupefacción que habíale causado la repentina intervención del Pirata Negro en el diálogo que el médico creía incomprensible para los dos testigos.

—¿Quién eres y por qué no me contestaste cuando te interrogué en italiano?

Por ahora soy un cautivo, y cuando me interrogaste no te contesté en tu idioma porque deseaba enterarme de lo que ibas a hablar con el príncipe Tulio. Saciada mi curiosidad, he juzgado oportuno que hablemos entre nosotros tres prácticamente y prescindiendo de discusiones entre quién tiene razón, si tú, el médico escéptico, o nuestro joven enamorado, dispuesto a morir antes que irse sin consumar, en tálamo nupcial su idealismo amoroso.

—Hablas con acento español y con términos impropios de un inculto pescador cretense-comentó Cheltaldo con creciente interés.

—Soy español y nada tengo de cretense, cuyo dialecto ignoro por completo. No fué amor lo que me impulsó a hacer lo mismo que el joven príncipe, mi honorable compañero de cadenas. Vestí ropaje de pescador para poder entrar en Knossos. Pero esta mañana, primera de las que para mí alborearon en Knossos, me echaron la zarpa encima esos nauseabundos barriles de grasa llamados eunucos.

—¿A qué viniste a esta isla, español?; —inquirió Cheltaldo—. ¿Eres espía al servicio de Venecia?

—Vayamos por partes, Cheltaldo. No considero interesante el motivo por el cual yo estoy aquí. Sólo a mí me interesa. Por el instante, estamos solos los cuatro, y tenemos, por lo visto, libertad para hablar. Aprovechemos esta feliz oportunidad. Tú deseas volver

a Venecia, pero solo no te atrevías. El príncipe no quiere aceptar tu oferta, porque sólo se marcharía de la isla si con él pudiera llevarse copio botín de dioses a la Princesa Azul. ¿Intentamos hacer que las cuatro patas del caballo de Troya marchen, al unísono y a compás del interés de cada una? ¿Reunimos los cuatro impulsos? Yo respondo de dos de las patas del, caballo de Troya.

Con el mentón señaló el Pirata Negro a "Cien Chirlos" y después señaló su propio pecho.

—Este amigo tampoco es cretense ni pescador. Vino conmigo y solo habla español. Como no nos entiende, no temo ruborizar su modestia si afirmo que es el valiente más bruto y fiel que nunca conocí. Le aprecio como a un hermano, y juntos hemos salido con bien de muchas complicaciones.

—Tu situación actual no tiene nada de envidiable, español —dijo bruscamente Cheltaldo—. Puedo delatarte a los turcos.

—Ya habría alguno que entendiera el español o el italiano, y si me delatases, que no lo creo, poco tiempo ibas a estar con vida, porque inventaría atrocidades que diría piensas cometer, envenenando a Deli, a Ertoghul y al eunuco más eunuco de todos ellos.

—Lo que dices, la forma en que hablas, tu despreocupación y el haber escuchado una conversación privada fingiendo no entender, son pruebas que bien poco pregonan tu caballerosidad.

—No nos andemos por las ramas, Cheltaldo. ¿No afirmas que no crees en el amor? Tampoco, pues, creerás en la caballerosidad, ya que ésta te hubiera exigido no prestarte a ser lacayo de otomanos. Seamos escépticos y atengámonos a las realidades. Yo puedo serte agradable o no; tú puedes serme odioso o simpático... Allá, penas... Lo que importa es unificar nuestros criterios, sean pragmáticos o románticos.

—¿Entiendes de pragmatismos?

—Mucho, cuando prescindo de romanticismos. Vivir con sentido práctico se impone en los casos como el presente. Procura seguirme en esta senda inteligente, Cheltaldo.

El príncipe de Corfú, que hasta entonces había estado mirando alternativamente al Pirata Negro y al cirujano, habló por vez primera:

—Indudablemente, este caballero participa de nuestra enemistad

contra el turco, Cheltaldo.

—¿Quién nos asegura que no es un renegado al servicio de los otomanos? Emplean mucho este ardid… y este hombre me parece demasiado seguro sí mismo. Habla con demasiada arrogancia e ironía para ser un “prisionero destinado a muerte inexorable.

—Estoy férreamente encadenado y sin posibilidad de defenderme-expuso sonriente Lezama —. ¿Quieres saber si soy un renegado al servicio de los otomanos? Si me dejas con vida, hablaré contándoles a los eunucos que tú, por un resto de virilidad, ofreciste la huida al joven príncipe. Si me matas, evitarás que lo diga, en el caso de ser alma vendida al turco. Pero entonces ellos te torturarán por haberme dado muerte. Ya ves qué sencillo es para ti el salir de dudas.

La evidente burla con que le hablaba el Pirata Negro, produjo en Cheltaldo un efecto contrario al presumible.

—Difícil es que estés al servicio turco, porque no perdonan vida alguna de español.

—Yo creo que es mucho más sencillo para ti, que te comportes como inteligente remo de caballo y no como nata de asno.

—Has aludido repetidamente al mito del caballo de Troya, español. ¿Por qué?

—En plaza enemiga tiene una aplastante superioridad aquél que está en ella y es considerado indigno de suscitar el menor peligro. Nosotros cuatro nada significamos para el turco. Tú, Cheltaldo, porque eres considerado ya como un cautivo resignado a vivir sin complicaciones. Nosotros tres, porque, al parecer, somos cautivos destinados, a morir en el palenque. Unidos los cuatro, podemos realizar empresas imposibles para una escuadra que se divise desde las torres costeras.

—No sé quién sois caballero-dijo de pronto Tulio de Corfú-pero confío plenamente en vos.

—Tratad, pues, de comunicar vuestra, confianza a vuestro compatriota.

—Yo ofrecí la huida al príncipe, ya que él, entendiendo de cosas de mar, podía facilitarme la arribada a Italia. Pero… no acepta. ¿Aceptáis vosotros?

—Si.

La lacónica respuesta del Pirata Negro causó desengaño en el

príncipe quien volvió a abatir la cabeza sobre el pecho.

—Yo no huiré-murmuró entre dientes.

—Júpiter, con la apariencia de un toro amansado consiguió raptar a la diosa Europa y llevarla a Creta. Vos, príncipe, con la apariencia de un cautivo encadenado podréis conseguir rescatar a la Princesa Azul y de Creta llevarla al trono de Corfú.

—Mitología... —debatió desdeñosamente el ¡ano.

—¡Abandonad vuestro escepticismo! —exclamó Tulio.— No tratéis de enfriar el entusiasmo con el cual yo me siento capaz de la más mitológica de las empresas, y no echéis el hielo de vuestra abúlica resignación sobre este caballero.

—No os preocupéis, príncipe. Yo os afirmo que toda la frialdad egoísta de Esculapio no podrá vencer la llama de vuestro amor ni mi convicción de realizar mi propósito.

Filipo Cheltaldo rio. Hacía tiempo que no lo hacía...

—Vos, príncipe Tulio, y tú, desconocido español, parecéis no tener en cuenta que estáis reducidos a la impotencia y encadenados.

—Tú nos quitarás las cadenas, Esculapio.

—¿Yo? ¿Por qué tanta seguridad?

—Somos tu única esperanza de que regreses a tierra veneciana.

—Si fracasáis, terminará mi vida en medió de torturas.

—Si nos dispusiéramos a luchar con uñas de perro muy visibles, excavaríamos nuestras, propias tumbas. Pero tenemos garras de gato, ocultas. Nadie entre cuantos hay en Knossos temen nada de ti y ni de nosotros. No temen de ti, porque te desprecian por cobardón...

—Extraña manera de pedir mi favor, el hablarme así.

—Eres Esculapio y te atienes a realidades, no? Voy a darte larga ración de ellas.

—Dime entonces, ¿para qué viniste a Creta?

—Después de hablar con Iago Fosco...

—¿Iago Fosco? Un gran patriota veneciano.

—Fui a visitar a Zergo Zanni...

—El Gran Almirante de la Escuadra...

—Anclada en el golfo de Tarento y el canal de Otranto. Quedó Zanni de acuerdo en que mantendría buques al acecho desde lejos en espera de una señal que yo desde Knossos le haría, para que se dispusiera a atacar.

—En qué consiste la señal?

—Una fogata-y el Pirata Negro no quiso exponer el verdadero final de su incursión, porque tenía la convicción de que la cobardía del cirujano refutaría como imposible su propósito.

—¿Una fogata?

—Que encenderé cuando haya realizado una bagatela.

—¿En qué consiste?

—Una futesa. Incendiar la nave almirante de Deli Hussein. Será esta la señal para que los buques venecianos ataquen... Puede ser la liberación de Creta, o al menos la de Knossos, y para un hombre que como tú se atiene tan sólo a realidades, debe pensar que liberado Knossos por los venecianos, libre quedas tú y vuelves a ser un hombre entre civilizados y no un curandero cautivo.

—¿Incendiar la nave almirante?

—A ciegas, sí. Contando contigo, no. Me confiaron a mí esta misión porque los venecianos ignoraban que en Knossos pudiera haber un compatriota como tú, romántico, patriótico, valiente y muy decidido a prestar su ayuda, a la menor insinuación.

Volvió a reír Cheltaldo, que dió una palmada en la rodilla del Pirata Negro.

—¿Qué confianzas son esas? —sonrió Lezama.

—Hacía mucho tiempo que no tenía ocasión de oír hablar en italiano —dijo, bruscamente el médico para no confesar que la desfachatez de tono con que le hablaba el español le causaba gracia.

—Si ellos hubieran sabido que Filipo Cheltaldo estaba aquí, dispuesto a ser uno de los remos del caballo de Troya, hubiesen mandado a varios venecianos. Pero yo y mi lugarteniente valemos por muchos.

—¿Qué noble impulso romántico te llevó a desafiar torturas en hazaña cuyo provecho sólo atañe a Venecia?

—Un impulso de los que comprenderás rápidamente. Doscientos mil ducados.

—Ah...

Fué tan sólo un monosílabo, pero henchido de aprobación. Para Filipo Cheltaldo una recompensa como la citada, era la mejor de las credenciales.

—Empiezas a convencerte de que según tu ideología es más fuerte el impulso de una ambición que un fervor amoroso?

—¿Quién eres, español?
—Me llamo Lezama.
—¿Aventurero a sueldo?
—Pirata por afición, caballero romántico a veces, dogo luchador las más. ¿Buena garantía de que no soy un iluso?
—¿Y cómo mis compatriotas fiaron en un pirata?
—No podían fiar en un sacristán, que podía ser una bellísima persona, pero no entender del arte de incendiar cascos. Y la recompensa me pareció digna de ser tenida en cuenta. Por eso aquí estoy. Y si primero, al oírte hablar con el príncipe, maldije los esponsales que me habían convertido en cautivo, ahora estoy descosí de que éste idilio de romance tenga un buen epílogo. ¿Os dignáis aceptar mi ayuda, príncipe Tulio?
—Vuestra forma de enjuiciar me complace, señor pirata-dijo Tulio de Corfú con semblante animado. —¿Contamos con vos, Cheltaldo?
—Según y cómo... Depende... Veamos si el que vos llamáis señor y que se jacta de pirata, escasea en mitologías y abunda en proyectos prácticos de posible realización.
—Veámoslo —y el Pirata Negro contrajo sus músculos.— Tengo sed, y como orador pido un vaso de vino, que si lo acompañas con algo sólido, te lo agradeceré,. Esculapio.
—Soy tu anfitrión y cumplo con ello los deseos otomanos de que os deje bien cebados para luchar, Tritón.
Levantóse el médico, sonriendo tenuemente.
—Déjanos bien cebados» porque también nosotros estamos deseosos de demostrar que queremos luchar.
Al desaparecer el médico en un departamento del fondo que le servía de despacho y alcoba el Pirata Negro dió un codazo a “Cien Chirlos”.
—En nada, señor. Aguarda a que me digas lo que he de hacer.
—¿Tentaste las cadenas?
—Son de las de doble eslabón y la argolla está engarfiada con doble anzuelo, señor.
—Hércules redivivo no podría liberarse de ellas. Pero torpe he de ser si no logro que este que anda libre no nos las quita. ¿Qué te parece ese tipejo, guapetón?
—Al principio dióme mala espina, señor, y ganas me dieron de

que tú me ordenaras que intentara romperle el hocico de un cadenazo. Pero luego, se puso más razonable y hasta se tomó la libertad de palmear tu rodilla.

—Tratando estoy de atraerlo a nuestra causa, don Marcelo. Pero es hueso duro de roer, porque es inteligentemente prosaico, y no simpatiza con empresas, descabelladas. Un Sancho Panza, ¿sabes, guapetón? Y hay que darle las palabras que quiere. Creo que tuvimos suerte. El idilio de un príncipe nos va a facilitar la tarea. Ahí viene nuestro Esculapio...

Filipo Cheltaldo volvió a sentarse, colocada encima de sus rodillas una madera lisa donde unos tasajos de cecina, unos dátiles y un jarro lleno de espumoso vino de Chipre hicieron que "Cien Chirlos" se pasara la lengua por los labios.

—No os puedo quitar las cadenas. Tenéis qué comer de mi mano. Vos primero, príncipe Tulio.

—No tengo hambre. No tengo sed...

—Bebed al menos. El vino en pequeña cantidad remoza el espíritu.

Aplicó Cheltaldo el jarro a los labios del príncipe, quien bebió unos sorbos.

—¿Prefieres cecina a la fruta, señor pirata? —invitó Cheltaldo.

—Si. Un trago primero, cecina después, otro trago largo, y fruta para terminar y me siento dispuesto a recitarte la Iliada aplicada prácticamente a tu caso.

—Al tuyo dirás, que tú eres el preso, Tritón.

—¿Estás tú en la plaza de San Marcos acaso, Esculapio? Arrima el jarro, que ahora estamos comiendo y no charlando inútilmente.

Sonriendo se puso en pie el cirujano que aplicó el jarro a la boca de Garlos Lezama, Mientras éste masticaba el ancho pedazo de cecina, valiéndose de su hombro como apoyo, el médico ofreció el, jarro a "Cien Chirlos".

No quedó rastro de cecina ni de dátiles, y el jarro seco fué depositado en el suelo por el cirujano, que volvió a sentarse.

—Bien. Esculapio. Vayamos por partes. La luz del sol es hiriente y delatora, pero cuando llega la noche, los niños y las viejas se llenan de temores y todos los gatos son pardos. Tú eres ya medio turco... —y el Pirata Negro hizo una pausa para añadir con mordaz entonación:— Me refiero a los genízaros, olvidándome de los

eunucos. ¿Qué ocurrirá aquí esta noche?

—Seguiréis encadenados, y por la parte exterior dormitarán algunos genízaros montando guardia sin gran interés, porque saben que esas cadenas no hay quien las rompa.

—Si nos las quitaras y saliéramos a. ciegas, correríamos todos el riesgo de perder estúpidamente el pellejo. Pero tú, sin moverte de aquí, puedes guiar nuestros pasos, ya que conoces el terreno y el emplazamiento de los lugares que nos interesa visitar.

—Yo os quitaré las cadenas, y vosotros tices, fuertes como sois, podréis inutilizar a los semidormidos genízaros del exterior. Después, nos dirigiremos al litoral, y confío en que de noche nos favorecerá. Muchos han sido los pescadores presos, y abundarán las lanchas veleras abandonadas. En una de ellas huiremos.

—No, Esculapio. Huiremos al amanecer. El precio de tu libertad y retorno a Venecia será darnos ocho horas de tiempo. Durante ellas el príncipe intentará llegar hasta su princesa y rescatarla.

—Es imposible... —empezó a decir Cheltaldo.

—¡Lo haré! —atajó Tulio de Corfú, con vehemencia.— Y si no lo logro, al menos me será dado sucumbir con ella, liberándola de una vida oprobiosa.

—No hay oprobio en ser la esposa del poderoso hijo de Deli Hussein, y por tanto, quizá ella misma prefiera ser reina en Knossos que princesa en Corfú.

—Dejadme llegar hasta donde se encuentre... ¡y ella decidirá!

—Está bajo el influjo de Yogg, el hindú...

—¡Mataré a ese brujo!

—Magnífica idea-comentó el Pirata Negro. —Muerto el perro muerta la rabia.

—Suponiendo que lograrais llegar hasta el aposento donde Leila se halla, sucumbiríais al poder fascinador de Yogg, que no se aparta de su lado. En el santuario del hindú podréis entrar quizá... pero no saldréis, porque él os vencerá con el solo poder de sus ojos.

—Advertido de ello, apenas vea al hindú, le mataré...

—¿Cómo entraréis en el aposento, suponiendo que yo os quitara las cadenas al anochecer?

—Dejadme intervenir-dijo el Pirata Negro-El recurso que muchas veces he empleado con feliz resultado, es el de vestir los despojos de enemigos muertos, para poder pasear por entre los vivos. Tú,

sapiente Esculapio, muy amigo de las sólidas suposiciones, admitirás que el hábito hace al hombre. Imagina la realidad de esta sala en tinieblas al anochecer.

—Realidad, porque sólo hay una linterna allá en el fondo.

—Desdibujados los contornos, habrá aquí en este camastro tres pescadores cretenses cautivos de esas cadenas. Vestirán estas ropas, sustituyéndonos, y nosotros vestiremos las suyas.



¿Tentaste las cadenas?

—Si entrara algún genízaro, podría interrogar o ser alertado por los gritos de los que tú colocaras aquí.

—Los muertos no hablan, Cheltaldo.

—Continúa exponiendo realidades.

—Tú explicarás al príncipe el lugar donde se halla su amada. Dale toda clase de detalles para que su camino sufra el menor

madero de entorpecimientos...

—¿Y tú? ¿Dónde piensas ir?

—Toda plaza fuerte en puerto tiene un coronamiento especial, fuertemente artillado para disparar contra enemigos que por mar puedan llegar desde los tres puntos: frontal y dos flancos,

—Así es. Eres buen técnico, Tritón. La torre central que se alza en el palacio de Deli Hussein, tiene un remate en el cual está dispuesta la triple línea de ballestas y las culebrinas de alcance, destinadas a repeler la llegada de barcos enemigos. Disponen también de calderas con plomo permanentemente dispuesto a ser incendiado: también catapultas y arcos que arrojan lanzas al ser tensados por la fuerza de cuatro arqueros.

—Hermoso arsenal. ¿No crees que con todo ello podría organizar una pequeña fogata?

—Quizá lograses subir a la torre, pero no descenderías...

—Te lo diré mañana al amanecer.

—No estoy dispuesto a morir. Yo os libero, pero para ir en busca de lancha que nos permita huir.

—Mi lugarteniente puede estar contigo en el lugar en que ocultamos la lancha en que vinimos. Si al amanecer no hemos regresado el príncipe y yo, largad vela. Él te conducirá a Venecia. Me obedece ciegamente y cumplirá lo que yo le ordene.

—¿Por qué no huir los cuatro?

—Te demostraré prácticamente que más te conviene la solución que te ofrezco. Si partimos al anochecer corremos el riesgo de ser cazados en alta mar por nave turca. En cambio, si yo doy la señal a los lejanos vigías venecianos que acechan un incendio en Knossos, ellos atacarán y nosotros, a favor de la pelea, huiremos tranquilamente, porque los turcos asaz trabajo tendrán en defenderse de tus compatriotas.

—Dormid, y por la noche os daré mi respuesta-dijo el cirujano, poniéndose en pie.

—¡Sois un indeciso cobarde, Cheltaldo! —gritó Tulio de Corfú.

—No tal-dijo el Pirata Negro. —Es muy natural que Esculapio mida bien los ingredientes de la medicina que debe tomarse él mismo. Aconsejo que almacenemos fuerzas intentando dormir, príncipe. Mientras, vuestro compatriota meditará en las bellezas de Venecia recibiéndole como uno de los artífices de la victoria de

Zergo Zanni en Knossos. Será premiado con recompensas en oro, laurel de gloria y fama de valentía... ¿No oyes el clarín de la fama, Esculapio? ¿No oyes el retintín de las monedas de oro cayendo en tu bolsa? Grandes festines, hembras de placer sonrientes y sumisas a tus caprichos, hermosa residencia... Poesía de realidades, Esculapio... Te nombrarán cirujano mayor. Serás rico, glorioso... Tú nombre en letras de oro a la puerta de tu quinta... Medita, Esculapio, medita... Todo ello depende de un solo gesto: libertar a dos piratas ansiosos de, dinero y sangre, y a un príncipe que por rescatar a su amada, te ofrecerá el oro que pidas.

—No pido oro al príncipe Tulio. No soy tan despreciable como crees, señor pirata.

—Esta noche nos dirás quien eres, Esculapio. Abur, que tengo sueño.

Echó hacia atrás la cabeza el Pirata Negro, y su hombro se apoyó en el de Cien Chirlos.

Cerró los ojos, y poco después, su respiración tenía el ritmo acompasado de la de un hombre que duerme.

Con fidelidad disciplinada, “Cien Chirlos” roncaba a los pocos instantes.

Tulio de Corfú, a solas con sus pensamientos, tenía los ojos grandemente abiertos. Las horas pasaron rápidamente para él, porque evocaba sin cesar los más nimios detalles de su idílica relación con Leila, allá en el lejano Corfú...

Filipo Cheltaldo en su alcoba, sumióse en meditación. Comió, tendióse para dormir, y al despertar había tomado su decisión...

No libertaría a los presos.

Al anochecer, fué visitado por el jefe de eunucos, quien tras echar una ojeada a los tres cautivos encadenados, le notificó que al amanecer siguiente saldrían para conducirlos a su destino.

Y después que, aquellos tres luchadores cretenses fueran muertos, otros cogidos a la fuerza de las galeras, irían a sustituirlos bajo el cuidado suyo.

Marchóse, y entonces, Filipo Cheltaldo tomó asiento...

“Cien Chirlos” roncaba. El potente tórax ¿le el Pirata Negro se elevaba y descendía, al compás de una respiración algo agitada...

El príncipe Tulio, rendido de cansancio y quizá de nerviosismo impaciente, había sucumbido al sueño.

Los tres con un brazo en alto encadenado, y el otro hacia el suelo, apoyadas las espaldas contra el muro, parecían hallarse muy ajenos a la contemplación del médico.

Cheltaldo sacudió levemente por el hombro al príncipe.

—Lamento deciros —susurró— que considero irrealizable y loca vuestra empresa, príncipe Tulio. No me maldigáis, pero...

No pudo terminar su frase. En su garganta quedó ahogada la voz, y perdido el equilibrio, cayó hacia atrás cogido el cuello en un asfixiante dogal.

Capítulo V

Así se escribe la historia..

.

Cesó instantáneamente el ronquido perfecto con que “Cien Chirlos” simulaba dormir, y también Tulio de Corfú abrió los ojos.

Era un alarde de acrobacia bien meditado: un prodigio de agilidad, por medio del cual, sirviéndose de las argollas como base para su contracción, elevó el Pirata Negro las piernas, cerrándolas alrededor del cuello del cirujano, y derribándolo al suelo.

Sentado de nuevo, quedó aprisionando entre sus rodillas la garganta de Cheltaldo...

—Tú eres entendido en cuestiones del sistema respiratorio, Esculapio —advirtió amablemente Lezama.— Si continuo presionando, tendrás la libertad definitiva

Los síntomas de asfixia eran perceptibles en el rostro congestionado de Filipo Cheltaldo, que no intentó continuar en su forcejeo inútil, donde dos manos pretendían separar el cepo de las dos rodillas.

—He montado muchos caballos cerriles, Esculapio, y algún que otro asno rebelde. Si estás dispuesto a oír la voz de la razón, que es la mía, cruza tus dos manos y aflojaré la presión...

Filipo Cheltaldo cruzó rápidamente sus dos manos, juntándolas encima de las rodillas que formaban un prieto dogal.

Respiró hondo al sentir menos opresión...

—No grites ni alborotes, Esculapio. Conoces la suficiente anatomía para no ignorar que tu nuez está a la merced de un rodillazo. Yo no te quiero muerto, a menos que insistas en serlo.

—¡Cochina... trampa... pirata...! —tartamudeó el veneciano—. Y vos... príncipe Tulio... ¿cómo os prestasteis... a fingir dormir... cuando...?

—Reserva tu fuelle. Esculapio. Me imaginé que preferirías seguir siendo un cautivo resignado a prestarnos ayuda. Pero te voy a permitir que seas un héroe. La historia se escribe muchas veces falseada, interpretando mal los impulsos. Si Knossos queda propicia a un ataque de los venecianos, será, por el azaroso encuentro entre, un noble príncipe llevado de un idilio romántico, y dos piratas ansiosos de ganarse un montón de oro. Pero también te permito tomar parte con pocos riesgos. Tal como estás, puedes alcanzar mi argolla, del suelo. Libera mi mano, que yo ya me ocuparé de la otra.

Denegó Cheltaldo con la cabeza; aunque el gesto le produjo una mueca de dolor.

—¿No? Entonces te haré un breve relato de lo que va a suceder. Te apretaré el gañote, me sacarás la lengua en última burla, y cuando quedes flácido, huero y violáceo el rostro, te soltaré. Pero te daré una patada para que caigas lejos de nosotros y no nos culpen de tu muerte. Mañana, cuando nos lleven al palenque, tendrán que liberarnos las manos para luchar, y ya intentaremos escapar... Tú eres el que no va a escapar. Empieza a rezar, Filipo Cheltaldo, pero en voz baja, sin gritar. Al primer grito, te hundo la nuez... y la digestión te sentará mal.

El tono incisivo con que hablaba el Pirata Negro y la sombría ironía de sus palabras, impresionaba a Tulio de Corfú, que miraba ansioso al cirujano.

—No puedes matar... a un semejante tuyo... —susurró Cheltaldo.

—Mira, no me río, porque tal vez mis rodillas se contagiarían de la risa, y te irías al otro mundo antes de tiempo. ¿Conque ahora recurres a la sensiblería de que somos semejantes tuyos? Tate... que eres un truhán gracioso. ¿Tú, invocando semejanzas? ¿Te importaba algo enviarnos a la lucha? Hubieras seguido digiriendo normalmente... Anda, Esculapio, tienes diez segundos para ponerte a bien con lo que te espera.

Guardó un instante de silencio el Pirata Negra, y sus rodillas empezaron a, presionar...

—Van dos... Podrás respirar aún siete veces... Seis nada más...

Las manos, hasta entonces cruzadas de Cheltaldo, bajaron rápidamente rozando el suelo. Sus ojos estaban dilatados de pavor...

—Todavía cinco... Es hermoso vivir aunque se esté en capilla, esperando la muerte. Cuatro...

Las rodillas del Pirata Negro, soltaron su presa, y su mano izquierda, la que estaba asida a la argolla del suelo, apareció rodeando la nuca del médico.

—Sin alboroto, Cheltaldo, y verás cómo llegamos a un buen acuerdo transitorio. Libérame la otra mano...

Levantóse Cheltaldo a la vez que lo hacía el Pirata Negro, manteniéndole por la nuca. Cuando quedó libre su otra mano, empujó al veneciano hasta obligarle a sentarse, entre "Cien Chirlos" y Tulio de Corfú.

—Pasarás la noche prisionero, Cheltaldo. Tus amigos los turcos ya te liberarán. No protestes, porque tengo prisa y poco ánimo dispuesto a oírte.

Las dos muñecas del cirujano, quedaron encerradas en las argollas donde antes estaban presas las del Pirata Negro.

—Ellos me matará... —gimió el veneciano.— Me matarán...

—Al amanecer lo sabrás-atajó el Pirata Negro, mientras procedía a quitar las argollas que rodeaban las velludas muñecas de "Cien Chirlos".

—Me matarán-repitió angustiado el cirujano.

—No se perderá gran cosa, Esculapio. Muchos futuros enfermos lo agradecerán... Además, no sé por qué pienso que el príncipe Tulio, impulsado por su bondad, olvidará tu egoísmo, y vendrá a liberarte si consigue rescatar a su adorada. Ayúdale pues a triunfar, explicándole el medio más seguro de salvarla.

Liberó a Tulio de Corfú, que continuó sentado en el camastro, junto al tembloroso Cheltaldo.

El Pirata Negro se dirigió hacia la puerta, seguido por "Cien Chirlos". Sus dos figuras fueron difuminándose a lo largo de la pared, entre las tinieblas que invadían la amplia sala.

Cuando divisó el mortecino resplandor que en gran rectángulo señalaba el emplazamiento de la puerta, el Pirata Negro atrajo hacia sí a su lugarteniente.

—Poco ruido y seguridad en el toque, guapetón. Los dos de babor para mí, y los dos de estribor para tí.

Tendióse en el suelo y avanzó hacia la puerta, arrastrándose lenta y silenciosamente. Tras él, "Cien Chirlos", le imitaba.

En el exterior, cuatro genízaros sentábanse en un banco. Eran centinelas, pero sin tensión vigilante. Tres pescadores encadenados

y un médico renegado y cobarde, no ofrecían el menor peligro.

Dos de ellos se levantaron de un salto, cuando una masa negra, al parecer surgiendo de tierra, volteó a sus dos compañeros por el aire.

Alzaron sus lanzas, vacilantes, por temor a herir a sus propios compañeros, pero sus gestos quedaron truncados.

En el pecho de uno de ellos, sonó a hueco él cabezazo, al que se agregó al mismo tiempo un codazo en su costado.

A la vez, el golpe de una rodilla en el bajo vientre y otro codazo en la mandíbula derribaba al otro. Eran los dos genízaros de "estribor", y por unos instantes convirtióse "Cien Chirlos" en un torbellino mudo, propinando golpes a diestro y siniestro, desfogándose de su reciente encadenamiento en los dos cuerpos a inertes.

El Pirata Negro había iniciado la agresión enlazando los dos cuellos en el hueco —de sus antebrazos y cerrando las manos ante los rostros de los que fué arrastrando hacia atrás, mientras sus brazos seguían cerrando, cerrando...

Cuatro genízaros estrangulados, fueron llevados al interior de la gran sala y yacieron en la penumbra de la entrada.

—Sus ropas por las nuestras-dijo lacónicamente el Pirata Negro.

La aparición de dos genízaros, uno de los cuales llevaba ropas bajo el brazo asustó a Filipo Cheltaldo...

—¡Perdidos! ¡estamos perdidos! —exclamó.

Tulio de. Corfú, que se había enderezado dispuesto a defender cara su vida, asió rápidamente las ropas que le tendió "Cien Chirlos", atendiendo a un ademán del Pirata Negro. Revestidas ya las ropas, ayudó a "Cien Chirlos" a arrastrar a dos de los genízaros que quedaron encadenados, mientras el Pirata Negro arrastraba a los otros dos por una pierna...

Tulio de Corfú, mientras "Cien Chirlos" ocultaba dos cuerpos bajo el camastro, enfrentóse al Pirata Negro.

—Os lo suplico, señor pirata. Permitidme liberar a Cheltaldo. Vendrá conmigo y me ayudará a tratar de rescatar Leila. Conoce el camino.

—Mejor estará, encadenado y con trapos en la boca-dijo secamente Lezama. —No debéis correr el riesgo de que os traicione, por salvaguardar su pellejo.

—¡Juro por la Madonna que prefiero morir luchando que estar aquí, a solas con estos... muertos y encadenado! ¡Dejadme luchar...! —exclamó precipitadamente el veneciano.

—Haced lo que os plazca-dijo el Pirata Negro, mirando al príncipe. —Desde este momento muestras sendas divergen. Vos a vuestro amoroso objetivo, y yo a cumplir mi cometido.

Inclinóse Tulio sobre el médico, y el Pirata Negro, acompañado por "Cien Chirlos" salió al exterior.

Aspirando con deleite el aire de la fresca noche, giró lentamente la cabeza en todas direcciones, hasta divisar una torre cuadrada que se alzaba y distinguía en la noche por una luz rojiza que brotaba de su cúpula, donde veíanse contornos extraños...

—Allí tenemos que ir, guapetón. ¿Ves aquel fuego en lo alto? Son los hornos preparados para las calderas de plomo. Hay allá ballestas, catapultas y cañones.

Recogió del suelo tina de las lanzas, mientras "Cien Chirlos" recogía otra. Echó a andar.

—Tenemos que entrar allí, y subir como sea hasta lo alto de la torre. Nadie ni nada puede detenernos... Después, cuando estemos allá, y en el puerto haya un volcán, habremos cumplido.

Multitud de genízaros pululaban en los jardines del gran palacio donde moraba Deli Hussein, que era la fortaleza que defendía el puerto de Knossos. Los soldados paseaban o formaban grupos, en cuclillas alrededor de pequeñas hogueras, que despedían acres olores de carnes quemadas...

El Pirata Negro avanzó por el jardín, pisando recio, erguida la cabeza y apoyándose marcialmente en el regate de la larga lanza.

A su lado, "Cien Chirlos" husmeaba, dilatadas las fosas nasales, como perro que ventea el aire, y está dispuesto a repartir dentelladas al menor roce.

Se detuvo un instante el Pirata Negro, mirando a lo alto, como si contemplara las estrellas. Estudiaba la configuración de la torre central.

Subió las escalinatas de blanco mármol, y bajo la luz de varias antorchas; avanzaron él y su lugarteniente hasta llegar a un inmenso patio amurallado, que ocupaba el centro del primer cuerpo del edificio.

Erguíase allí la torre cuadrada, en cuya cima paseaban

indolentemente varios genízaros.

En su base, una puerta en ojiva abríase sobre un recinto en cuyo centro había una plataforma de madera, de la que partían a cada lado sendos cables de soga trenzada con hierro.

Era la plataforma de ascenso, que impulsada desde lo alto, servía para subir los proyectiles y los artefactos necesarios.

En cada pared y empotrada en ella, aparecían cuatro escaleras de peldaños de hierro. El Pirata Negro y "Cien Chirlos" empezaron a trepar por la misma escalera, cuya anchura permitía el simultáneo ascenso de dos hombres.

Parecía que nunca tenía fin el número de peldaños. Llevaban entre los dientes el alfanje y en la zurda el madero de la lanza...

En lo alto asomaron varios turbantes, ya visibles porque a medida que iban subiendo, una claridad rojiza iluminaba el cielo. Era el resplandor procedente de los hornos, que aureolaba siniestramente las figuras inclinadas...

Dos de los genízaros iniciaron su descenso por otra escalera.

Veíase que habían tomado por relevo a los que subían, y mirando hacia abajo, comprobó el Pirata Negro que el ruido que se oía era el de lanzas que chocaban contra los peldaños, al ir ascendiendo otros soldados que por lo visto habían terminado de cenar.

Cuando pusieron pie en la ancha terraza, un espectáculo bélico quedó patente. Las almenas estaban erizadas con las ballestas que, tensas y en triple hilera descendente, apuntaban a los cuatro rentos cardinales.

Entre cada una de ellas había una culebrina de largo alcance, apoyado el cañón en una muesca del muro.

Cuatro calderas burbujeaban, caldeado el plomo de su interior por la cercanía del fuego de los hornos. Eran el arma permanentemente preparada contra cualquier intento de asalto a la torre.

Poco espacio quedaba libre, porque otras cuatro enormes máquinas erguíanse, con contornos de animales prehistóricos de largo cuello y ancha base. Eran las catapultas, mantenidas hacia, atrás por las tensas cuerdas triples enrolladas a su final en un ancho pivote de hierro...

Varios genízaros paseábanse por parejas o en grupos de tres.

Enlazados por el brazo, conversaban en voz baja.

El resplandor de los hornos daba a todos apariencia semejante, haciendo destacar aún más la crueldad de sus rasgos bronceados y el derroche de colorea de sus abigarradas vestimentas.

El Pirata Negro enlazó por el brazo a “Cien Chirlos”, andando con gravedad por entre las bases de las catapultas y la cercana hilera de ballestas y culebrinas.

—Las calderas sirven también para impedir un ataque que surja del interior, don Marcelo —dijo en voz baja—. Dejando caer un chorro lento, no hay quien suba, porque los peldaños se pondrán al rojo vivo.

—Si, señor —dijo “Cien Chirlos” estremeciéndose de antemano, ante el próximo combate que se avecinaba, y, le llenaba de gozo.

—Nadie debe subir aquí… pero nosotros tampoco podremos bajar nunca…

—Sí, señor. Gracias.

—¿De qué?

—De… de haberme elegido para ser… para estar contigo en este momento.

—Necesitaré tener la seguridad de que nadie me molestará, mientras ande yo probando la ballesta y el cañón. Confío en ti.

—Sí, señor.

—Suman siete genízaros. Aquel grupo de tres para ti… No falles. Cuando vuelvan a pasar junto a la caldera del sur, dale vuelta al pasador.

El espacio más libre era el que quedaba entré una de las caras de las calderas y el borde de la abertura cuadrada donde terminaban las escaleras de anchos peldaños de hierro.

Las calderas, sujetas por cuatro rígidos garfios, tenían una larga vara que recogía entre sí los garfios y terminaba en un asa rodeada de trapos.

Acercóse “Cien Chirlos” a la caldera designada por el Pirata Negro. Este se aproximó a un grupo de dos genízaros que parecían impacientes de que acudiera un relevo, porque miraban de vez en cuando hacia la hondura abierta en el centro.

—¡Rocía plomo! —gritó de pronto Carlos Lezama.

A la vez asestó un lanzazo de plano contra la nuca de los dos genízaros. Repitió el golpe y como dos peleles los turcos se

desplomaron en el vacío.

Frenéticamente, saltó “Cien Chirlos” y manejó el asa... La caldera se movió, inclinándose su ancha boca...

Tres gritos horribles resonaron, al quedar los tres genízaros aplastados contra el muro y asados por la quemante caldera, que empezó a verter un despacioso chorro plateado hirviente...

Afianzó “Cien Chirlos" el asa, corriendo hacia la otra caldera. Su misión era impedir que nadie subiera, y pareció un gigantesco orangután, yéndose de caldera en caldera, inclinándolas, inmovilizándolas, y volviendo a ellas para ponerlas de nuevo en posición normal.

Por cada una de las paredes iba descendiendo un ancho chorro de plomo hirviente. Desde abajo llegaban gritos ensordecedores, que se apagaban para renovarse más tarde...

Los dos genízaros que más lejos estaban, al empezar el rápido ataque no comprendieron lo que sucedía. Uno de ellos alzó el alfanje, pero otro alfanje lanzado fué a atravesarle la garganta.

La lanza del Pirata Negro atravesó el pecho del otro, antes de que pudiera saber de dónde procedía el ataque.

—¡Nadie debe subir, don Marcelo! —gritó el Pirata Negro, corriendo hacia la almena norte que daba frente al puerto.

Sudoroso, jadeante, por la vecindad del sofocante calor, “Cien Chirlos” iba de caldera en caldera, como un escrupuloso y hábil herrero que atienda a escatimar el fuego de sus hornos...



A la vez asestó un lanzazo de plano

—¡No hay quien suba, señor! —exclamó ferozmente, continuando en sus saltos y en sus manejos cíe titán.

El Pirata Negro examinó por unos instantes la dirección de una ballesta. La rectificó hasta colocarla como deseaba.

En el final de la larga y ancha flecha hizo un amasijo con estopa que recogió de la culata de una culebrina. Aplicó pedernal y yesca e incendió la estopa.

Soltó el remate de la ballesta y silbando con aullido agudo, la flecha trazó en el aire un surco de fuego.

Desapareció en el mar, junto al punto rojo que marcaba la linterna de popa de una de las cuatro naves ancladas.

Desde allí partió, un sordo clamor... Rectificó de nuevo la posición de la ballesta. Una segunda flecha partió, trazando otra estela ígnea en el aire nocturno...

Quedó el punto de fuego inmóvil, allá a lo lejos. Había acertado la cubierta.

Saltó el Pirata Negro a una de las culebrinas y el cañón tomó la misma horizontabilidad oblicua que la ballesta. Por espacio de varios minutos sólo se oyó el estruendo de los cañones. Con la pértiga de fuego en la mano, iba el Pirata Negro saltando de culata

en culata, y aplicándola en las mechas...

Nubes de negro humo aureolaban la cima de la torre. Parecía que un incendio habíase declarado en ella.

Como poseído de locura frenética, iba el Pirata Negro obligando a girar todas las bocas de cañón. Imprimía también la misma lateral posición a las ballestas y soltaba los remates...

Pero comprendía que no iba a tardar en producirse una reacción. Fué como un lejano trueno, que adquirió intensidad de volumen y estalló ensordecedor, convirtiendo en plomos retorcidos y aceros quemantes dos de las culebrinas de un extremo de la torre.

Uno de los barcos anclados disparaba contra el palacio de Deli Hussein, tomando como objetivo la torre de la cual partía el ataque.

Otro de los barcos tenía un aspecto magnífico. La lluvia de flechas incendiadas y los cañonazos habían lo grado su misión.

Las llamas iluminaban las portafiolas trepando por los mástiles y el velamen, formando columnas de fuego que al toparse con las cofas, les daban apariencia de hermosos capiteles.

El barco incendiado iluminaba a los tres. Una nueva lluvia de flechas con cola de fuego, fué marcando una línea roja en las grandes velas centrales de otro.

Parecía que un volcán ocupara ahora el centro del palacio de Deli Hussein. De otra de las naves partían cañonazos. Tardíamente, iban recuperándose los navíos de la primera sorpresa.

Otros cañonazos brotaron del jardín. Acababan de emplazar piezas y las disparaban contra los altos muros...

Corrió el Pirata Negro hacia el lugar donde se hallaba “Cien Chirlos”, y por señas dió a comprender su propósito.

Dos de las calderas quedaron inclinadas, vertiendo lentamente su chorro ardiente. Por las escaleras y la plataforma nadie podría subir antes de una hora, aunque se vaciaran los contenidos de las calderas.

Reinaba una temperatura asfixiante que ascendía del interior de la cavidad por donde el plomo había ido cayendo, y las escaleras semejaban arañas rojas.

Las almenas empezaban a derrumbarse bajo el efecto de los cañonazos.

En el puerto dos navíos ardían. Los otros dos se pusieron en movimiento con lentitud...

Las aguas de la bahía, iluminadas con la misma claridad que si reinase el astro diurno, mostraban el espectáculo de los tripulantes turcos que se arrojaban al mar para huir de la cercana explosión que se avecinaba y los remolinos que sucederían al hundimiento.

Tendido en el suelo y obligando a hacer lo mismo a su lugarteniente, el Pirata Negro aplicó su boca al oído del ennegrecido "Cien Chirlos".

—Se han picado pronto y han salido muy respondones —gritó, señalando las almenas de la torre destrozadas a cañonazos por los cuatro costados.

Disparaban desde el mar y desde el jardín en alternas andanadas

De vez en cuando oíanse los aullidos de impotencia rabiosa de los que pretendían subir por el interior...

Ballestas y culebrinas eran informes amasijos retorcidos, por entre los cuales rebotaban esquirlas de roca.

Una de las calderas crujió alcanzada por un proyectil y se volcó estrepitosamente por el hoyo interior de la torre.

Otra le siguió chocando con la primera y ambas obstruyeron el espacio que antes regaban con el chorro de hirviente plomo.

—No hay quien suba... ni quien bajé, don Marcelo. Unos instantes más y muros, ballestas y culebrinas ya no nos servirán de protección, sino todo lo contrario; Serán nuevos proyectiles, Van a convertirnos en pedazos... ¡Mitología! Icaros... Si tuviéramos alas...

Una explosión horrísona hizo retemblar los aires en cálidas oleadas... Cayeron más rocas de los muros. Uno de los navíos surtos en el puerto acababa de estallar.

Tendido junto a la base de la, catapulta, recogió el Pirata Negro un alfanje.

Otra de las catapultas vibró sordamente y se derrumbó, segada por un doble cañonazo.

Toda la cúspide de la torre era ya un hervidero volcánico.

"Cien Chirlos" saltó en pie, incapaz ya de resistir el calor infernal que se transmitía al —suelo. Respiraba con dificultad, llorosos los ojos por el acre escozor de la humareda.

Impulsado por el deseo de evadirse del infernal calor, ascendió con la misma agilidad dé simio que el Pirata Negro por la larga viga de la catapulta.

Ambos entraron en el gran hueco destinado para contener los

objetos pesados, dispuestos para ser arrojados contra el enemigo...

Sintió la mano izquierda del Pirata Negro clavarse como una garra en su hombro y comprendiendo lo que iba a suceder, un relámpago de clarividencia iluminó su mente.

Se asió del brazo izquierdo del Pirata Negro, mientras éste elevaba varias veces el alfanje, en rápidos golpes que restallaban, mellando la hoja contra las cuerdas que retenían la tensa viga.

En el infierno de fuego y metralla, la catapulta chirrió con quejidos agudos, al destrenzarse las cuerdas heridas por la hoja de acero.

Dos cuerpos humanos salieron disparados como bólidos, segundos antes que un proyectil de cañón chocara contra la madera vibrante y ya vacía de su contenido humano que iba lanzado por el espacio en arco parabólico de prodigiosa audacia.

Por el aire, el Pirata Negro y su lugarteniente formaban un solo cuerpo compacto que describía volteretas.

El agua ascendió a su encuentro en choque brutal, cerrándose sobre ellos y devorando la doble masa humana, que vertiginosamente acababa de, penetrar en ella.,.

En inconsciente pugna, ávidamente succionados por el agua, salada, ambos lucharon para remontarse, dando puntapiés contra un suelo inexistente.

“Cien Chirlos”, sin proponérselo, había caído de espaldas, protegiendo con el suyo el cuerpo del Pirata Negro al chocar brutalmente con las aguas. Lezama reapareció a flote, sosteniendo a su lugarteniente desvanecido.

El fragor de unos estampidos en el mar, enrojecido por los incendios y la reciente explosión, aumentaba el pavoroso decorado dantesco, donde flotaban restos humanos, maderas astilladas, velas ennegrecidas, aparejos retorcidos...

Nadó con un solo brazo, manteniendo la cabeza de “Cien Chirlos” fuera del agua.

Cuando el aragonés agitó los brazos aun cerrados los ojos, empezando a pernear con creciente vigor y dando incipientes signos de vida, el Pirata Negro soltó la nuca y los cabellos de su lugarteniente.

Se mantuvo nadando a su lado, presto a intervenir y zambullirse en su busca, si el aragonés no permanecía a flote en sus convulsivas

agitaciones semiinconscientes.

"Cien Chirlos", agitándose vigorosamente, venció la pesadez del reciente desvanecimiento

—¡Quedan dos! ¡Qué...! —exclamó, furioso.

Ahogó su voz una oleada y abrió los ojos, manteniéndose a flote. Miró a su alrededor con ira.

—¡Quedan dos cascos todavía!

—Hola, don Marcelino. Sólo queda uno.

Junto a él, la cabeza del Pirata Negro le sonreía.

—¿Uno, señor? Dos hundiste...

—El tercero por compañerismo biso lo mismo que los otros. En cuanto al cuarto, está en mal estado y hay tres barcos que se aproximan para rematarlo...

Los estampidos procedían de tres barcos que en arco triangular, acercábanse disparando por andanadas y a mansalva contra la única nave turca que quedaba a flote y contra el palacio de Deli Hussein.

—A tierra, don Marcelo. Hacia donde ocultamos nuestra lancha.

Nadó el Pirata Negro, alejándose del litoral poblado. Media hora después, ambos llegaban a un paraje desierto.

A lo lejos, Knossos y su puerta, eran escenario de un combate, cuyo desenlace era fácil de prever, dado el hundimiento de las naves turcas.

En la playa, el Pirata Negro tendióse boca abajo, sobre la arena.

—Aquí se está bien, ¿verdad, guapetón?

"Cien Chirlos", en pie, bisbiseó avergonzado:

—Perdóname, señor, pero creo que por unos momentos me "privé" de sentido allá en el agua.

—Otro se hubiera muerto del batacazo. Yo di en blando, porque en las volteretas a ti te tocó ser el escudo. Buen almohadón, don Marcelo... Anda, túmbate a mi lado. Esta arena es blandísima, muelle y acogedora. Estoy molido y también lo estarás tu. Dejemos que los venecianos, rematen la faena. Ya les dimos la señal de empezar...

* * *

Amanecía, cuando las fuerzas vencedoras venecianas, habían limpiado por completo la ciudad de Knossos de otomanos.

Bajo un dosel tendido en la playa devastada, el comodoro Navarini, de corta talla y cenceño, escuchaba las explicaciones de

Tulio de Corfú, que rebosaba alegría y excitada incoherencia:

—...y la confusión que reinó apenas los dos españoles empezaron acañonear desde lo alto de la torre, permitió que Cheltaldo y yo lográsemos llegar al apartado aposento danos estaba Leila. Apenas entramos, el brujo hindú volvióse hacia nosotros, pero se le abalanzó Cheltaldo estrangulándolo. Ella... dormía... Cheltaldo me ha jurado que despertará pronto de este letargo, que no es más que cansancio por la larga influencia magnética a que el viejo brujo la tenía sometida.

Algo apartada de donde ambos, se ha liaban, la Princesa Azul, atendida por Filipo Cheltaldo.

—Pero... ¿Cómo, cómo dos hombres solos lograron volver contra los propios turcos los recursos de la fortaleza? —repitió por enésima vez el comodoro.

—Eran dos hércules sin miedo.

—Pero es cosa que no comprendo. Cuando recibí el mensaje del almirante Zanni de que estuviera al acedo de Knossos y que a la menor señal dé fuego y lucha atacase con mis tres naves, di por supuesto que en Knossos habrían desembarcado fuerzas nuestras preparando el terreno para mi acometida... Pero, ¡dos hombros solos!

—Eran piratas avezados a toda lucha. Repitieron, superándola, la hazaña del caballo de Troya. Tenía razón el caballero pirata, al afirmar que triunfan mejor dos hombres que dos escuadras para entrar en país enemigo. Pero no dijo que eran preciso dos hombres audaces, de un temple inaudito, porque ese triunfo ¡significaría su muerte.

—Conseguir inutilizar la torre que nos impedía intentar el ataque a Knossos, porque reforzaba la función de las cuatro naves es algo va increíble. Pero lo que supera a todo entendimiento, es que se sirvieran de ella contra sus propios dueños...

—No obstante, así ha sido, comodoro. Lo que lamento es que hayan muerto en la empresa. Merecían vivir, porque eran dos titanes heroicos.

No os excluyáis, príncipe Tulio. Vos y el señor Cheltaldo sois realmente los artífices de esta victoria conseguida por mi escuadra. Vos, seréis citado en lápida conmemorativa al igual que Filipo Cheltaldo, por haber ayudado a mi triunfo,

Tulio de Corfú no oía ya nada, porque en el colmo del éxtasis acababa de ver unos brazos tendiéndose hacia él y arrodillado junto a Leila, su Princesa Azul, para él no había más que un sol naciente aureolando de puros rubores la faz virginal que le hablaba de un amor compartido.

* * *

Los dos hombres que, hirsutos, desembarcaron de una zarandeada lancha de vela en el litoral italiano, en, la zona donde se instalaba el cuartel general del almirante Zergo Zanni, no necesitaron introductor.

Palidecía el atardecer de enero de 1711 y el almirante, quizá pesaroso por su actitud primera, salió de su tienda de campaña, deteniéndose ante los dos hombres, que parecían pescadores fatigados.

—Gracias os doy en nombre de Venecia, señor pirata. Os dábamos por muertos.

—Dijisteis, que no lo lloraríais, almirante.

—Nos dijimos mutuamente algunas durezas. Excusádmelas... No podía prever que cumplierais un tan arriesgado propósito. Os evitaré que cumpláis ahora vuestra segunda promesa. —Y, sonriendo, añadió Zergo Zanni:— Soy un asno estúpido. Así os evito decirlo, tal como prometisteis.

—Y yo reconozco que me comporté como un insolente fanfarrón. Pero es mi costumbre, ¿sabéis? y tarde es para enmendar mi modo de ser. Ahí os devuelvo la lancha que me prestasteis.

—Buen uso hicisteis de ella. Aceptadme el obsequio personal de dos de mis mejores caballos. Para vuestro aseo disponed de mi cámara. Ropa, la que queráis. Disponed de cuanto tengo. ¡Perdonadme! Olvidé comunicaros una importante noticia. También vuestro primer oficial, el señor

Diego Lucientes, triunfó. Tres naves quedaron hundirlas en Arkypa.

—Sabía que podía confiar en él.

—Tan sólo hace dos días, pasó por aquí. Evidentemente, debía estar deshecho por la magnitud de su empresa. Tuvo algo brusco, pero no se lo reprochó. Dijo que no quería saber nada de Italia, a la cual nunca debió venir. Añadió que seguramente vos triunfaríais y, por tanto, al pasar por aquí, sabríais de él.

—¿Aguarda como convinimos en el “Albergao Graziella”, de Venecia?

—No. Repito que parecía hostigado por el recuerdo de las penalidades que debió sufrir. Dijo que os advirtiera que se dirigía directamente al puerto de Burdeos, donde os aguardaría en el propio “Aquilón”.

Era ya de noche, cuando asiendo por las bridas los dos magníficos caballos, obsequio de Zergo Zanni, ‘'Cien Chirlos” aguardó a que su jefe montara.

Ya en la silla, aceptó Lezama la diestra del almirante.

—No nos guardéis rencor, señor Lezama. Vos sois hombre de experiencia. Reconoceréis que en Venecia no podíamos decir que gracias a dos... dos aventureros de alta clase, conseguimos...

—La historia, se escribe con moralidad, almirante, y cuenta con toda mi aprobación. Además, nunca he deseado que se pregonen mis intervenciones. No por modestia, no. Actitud cómoda... ¿Quién sabe si algún día los turcos no me proponen una interesante oferta para hundir varias naves venecianas?

Zergo Zanni no se encolerizó. Conocía ya el carácter del hombre que vivía porque se burlaba de todo, empezando por sí mismo...

Alejábanse los dos jinetes, cuando Zergo, Zanni murmuró:

—Es un tipo capaz de sacarle le lengua a la propia muerte.

SEGUNDA PARTE

BURDEOS

Capítulo primero

El Misógino

Dos huéspedes de alta calidad alojábanse en la mejor de las hosterías bordelenses. Al menos, esa era la opinión del mesonero del “Lis d’Or”, ante la espléndida indiferencia con que sin discutir en lo más mínimo, uno de los dos huéspedes había aceptado su precio por, las tres habitaciones del rellano superior, que daban frente al mar.

Y habían pagado un mes entero anticipadamente. Uno de los dos huéspedes era un anciano que seguramente debía ser el tutor de la que, en aquellos mismos instantes, el mesonero veía desde su patio exterior, asomada en el balcón y mirando como siempre al mar.

Miraba, al parecer, siempre hacia un mismo punto: allá donde las islas Becassine, distantes dos millas, acogían a toda clase de navíos, gracias al privilegio real.

Desentendióse el mesonero de divagaciones, en las que figurábase un idilio entre una gran dama y algún corsario muerto o por llegar. Lo cierto es que la desconocida era una gran dama y que en sus ojos había decisión, pese a su juventud.

¿Por qué se alojaba en su hostería? Porque era dama de calidad indudablemente. Y su contemplación del lejano horizonte azul, siempre en el mismo punto de las islas Becassine, era lo que le hacía suponer algún idilio romántico que...

Sobresaltóse al oír la melodiosa voz que, como procedente del cielo, le llamaba.

El mesonero nada tenía de romántico y era incapaz de discernir cualquier cualidad espiritual. Sin embargo, cuando subía apresuradamente las escaleras, rectificando inconscientemente las arrugas de su camisola, pensaba que la señora que acababa de llamarle poseía cualidades especiales, que la hacían ser seductora

sin provocación.

No podía explicarse en qué consistía: por su mesón habían desfilado algunas de las bellezas más celebres de Francia. Favoritas reales, grandes actrices, damas de elevada alcurnia... Pero ninguna habíale impresionado como lo conseguía la misteriosa desconocida, cuya distinción era sencilla y cuya voz...

Una voz que producía turbación; una voz que inspiraba deseos nobles, sentimientos de dulzura, hasta en el mismo obtuso mesonero.

Repiqueteó suavemente, esforzándose en ser moderado y al oír aquella voz deliciosa concediéndole permiso, entró en la antesala que servía de salón a las tres habitaciones alquiladas por un mes.

Mireille de Ferjus, marquesa de Corbigny poseía una juvenil belleza encantadora, sin provocación arrogante ni huera complacencia.

Era bella porque emanaba bondad de sus ojos rientes, ahora entristecidos de cuando en cuando; su puro perfil de madona tenía delicadezas de camafeo griego y el milagro de su voz fascinadora era un don que excepcionalmente la naturaleza confiere a determinadas mujeres.

Sentado junto a ella, Etienne Laurent, su preceptor, adoptaba un aire resignado de hombre que ha cesado ya de luchar, para imponer su experiencia.

—Avanzad, Lecoeur-dijo ella, haciendo un gracioso ademán hacia el mesonero que avanzó deferentemente, como si pisara terreno frágil o estuviera en un santuario —. Me he decidido a solicitar vuestra ayuda y requiero vuestra discreción.

Lecoeur colocóse la diestra en el corazón, elevó los ojos y con explosiva sinceridad, musitó reverentemente:

—Mandad, señora, que juro ser tumba sellada y obedecer muy honrado cuanto me ordenéis.

La sonrisa de Mireille de Ferjus tuvo atisbos de riente agrado:

—Gracias, mi buen Lecoeur. Veréis de lo que se trata. Hay en las islas Becassine un navío al cual quisiera yo llegar. Pero es nave celosamente guardada..Precisaría de alguien decidido e inteligente, que pudiera ayudarme en ello. Un hombre que no vacilara en desenvainar si el caso se presentara y, a la vez, que supiera ingeniar. En fin, conocéis algún caballero bordelés que reúna las

condiciones de discreción, tacto y valentía que se requiere?

El mesonero arrugó la frente, hizo visajes, abrió por dos veces la boca como para hablar, volvió a hacer visajes y por fin declaró, ingenuamente:

—No, señora. No conozco a nadie que os pueda servir con la debida seguridad.

—Bien hablado, Lecoeur-intervino Laurent, satisfecho —. Vuestra respuesta es de agradecer, porque demuestra sinceridad. No os queréis ganar una recompensa si con ello ponéis en peligro la vida de esta dama. Podéis retiraros, Lecoeur.

—Pensad, mi buen Lecoeur. Pensad-dijo ella —. Os lo agradecería, si lograrais hallar un medio.

A solas con su preceptor, Mireille de Ferjus, expresó su parecer.

—Lo siento, Etienne, pero mi decisión es irrevocable. El “Aquilón” no partirá sin estar yo a bordo.

Más que hablar, gimió la voz con que el anciano replicó:

—Locuela, locuela... Vas a la muerte o al deshonor...

—No hagáis tragedia, Etienne. Deshonor nunca habrá porque el pirata cuyo nombre ignoro no puede hacerme daño alguno.

—El diablo moreno que mató a Legay, que desnucó lacayos, que perforó corsarios que sembró el pánico en Corbigny, que...

—Peleó contra hombres, pero os juro que podré ser brusco, y a veces aparentar descortesía, mas ello no le impedirá ser viril y por tanto, incapaz de maldad contra mujer.

—Recapacita, niña... ¿Olvidas tu apellido?

—Vaya donde vaya, haga lo que haga, nunca mis antepasados tendrán que avergonzarse de mí.

—¿No? ¿Una marquesa de Corbigny corriendo tras un pirata?

—Recordad a Isabel, la que huyó con un juglar, salteador de caminos. Se casaron y fueron felices.

—Pasaba... antaño. El juglar era un poeta.

—Robaba.

—Corazones. Vuestro pirata, del que ni siquiera sabéis el nombre, os humillará, satisfecho de vengar sus resentimientos en mujer que representa la clase que más odia: la aristocracia.

—Vos no lo conocéis, no sabéis quién es. Yo sí. Yo no quiero mustiarme en la espera. Prometió venir a buscarme, cuando hiciera fortuna... Si me lo pide, venderé mi castillo y cuanto poseo, y sin

más riqueza que mi corazón enamorado, le seguiré.

—¡Cuánto se reirá el pirata de ti, pobre niña!

Alzó Mireille la cabeza, con altivez sin empaque.

—No os riáis, Etienne. No os burléis de mi amor, porque me queréis. Deseadme suerte, porque vine a Burdeos para conseguir ser su esposa, y lo seré. Sé que él no está a bordo, que partió para un viaje. Tengo también un espía que me comunicará cuando él pise cubierta y no sé cómo, pero de un modo u otro, iré a su bordo. No digáis más. Cuantos argumentos pongáis, de nada servirán.

En la puerta resonaron unos golpes discretos:

—Adelante-dijo ella.

Entró Lecoeur, pisando suave como un conspirador.

—He pensado, señora —dijo, con cierta majestuosidad, para hacer resaltar el esfuerzo—. Pero no sé si os agradará mi sugerencia.

—Decid, decir-apremió ella

—Desde hace dos días acude a mi sala baja un extraño caballero. Le califico de caballero porque tiene ciertas cosas... Algo de lo que permite adivinar que fué un caballero o lo sigue siendo, pese a que... bebe mucho, aunque aguanta mucho también.

—¿No pensaréis emplear un beodo para servir a mi señora? —intervino Etienne Laurent, hoscamente.

—Dejadle explicarse, Etienne.

—Es un caballero pelirrojo, que no ríe si habla mucho, como si estuviera bajo un reciente peso de tragedias. Pero por su vestimenta y la deferencia con que le tratan algunos de los tripulantes del barco surto en las islas Becassine, creo debe ser un primer oficial.

—¿Qué barco?

—El velero “Aquilón”, señora. Y he pensado que si los hombres del “Aquilón”, que parecen no respetar ni a Dios ni al diablo, le tratan respetuosamente, es que debe ser alguien. Hombre bronceado que entiende de cosas de mar; espadachín consumado, porque ayer noche, él solo, desarmó a tres camorristas temibles... En sus ojos pardos brilla por instantes una luz de inteligente bravura... En fin, señora, creo que si hablarais con él, vos que sois gran dama, podríais intentar sondear su ánimo.

—De acuerdo. Aguardad unos instantes, mi buen Lecoeur. Escribiré unas líneas, que vos le entregaréis...

Todas las protestas de Etienne Laurent no condujeron más que a un resultado: la marquesa de Corbigny, con su acostumbrada dulzura, pero firmemente, exigió estar a solas para recibir al desconocido pelirrojo bebedor.

* * *

Lecoeur inclinóse ante el que, solitario, alineaba en la mesa cinco frascos de largo cuello y robusta panza vacía. Habían contenido un espumoso mosto bordelés, que ahora brillaba en los ojos pardos que miraron al mesonero.

—Hola, Anfitrión jocundo y espiritual. Buen vino el tuyo. Ya sabes la gran verdad, tabernero discípulo de Baco. "In vino, veritas"..., cuando no hay agua mezclada. Y la berenjena que tienes por nariz pregona que, siendo buen amante de Baco, libas honradamente y dejas puro el vino que sirves.

—Gracias, señor. Tengo un mensaje para vos. Una dama...

Los ojos pardos relucieron instantáneamente, y los rasgos hasta entonces simpáticos tornáronse duros.

—¡Peste para todas ellas! ¡Cólera que las diezme! ¡Rayos que las partan!... ¡Tierra de hombres y vino!...

¡Muera cuanta mujer aliente!

De pronto serenóse al ceder el arrebato de verdadera cólera que le había acometido y rió con burlona carcajada.

—No me mires como pajarraco asustado, mi Anfitrión alcahuete. Detesto desde hace poco a las mujeres, de tanto que las amé antes. Sólo quiero vino. Alegra y enciende el espíritu en chispitas saltarinas...

—Es dama de calidad, señor. No es ribaude de puerto, ni moza de baja extracción. Es dama que no os invita a aventura amorosa. Es dama que está en un apuro y...

—¿Y acude a mí? Tiene eso mucha gracia, perillán. Si acude a mí, es que no me conoce.

—No os conoce, pero yo le he garantizado que sois excelente bebedor y galante caballero.

—De lo primero, tienes pruebas. En cuanto de lo segundo..., eres un imprudente bellaco. ¿Qué —le ocurre a esa dama? ¿Le aprieta el corsé, o tiene jaqueca en la planta de los pies? Porque en este lugar debe tener el seso cuando acude a un desconocido para que le solvente sus apurillos, que a mi me tienen del todo sin cuidado.

Vine a beber, mesonero, y no a templar gaitas, o postrarme ante damas. Nunca seré abstemio, pero te juro que me he convertido en misógino. Yo que mucho amé, y que al oír el revuelo de una falda piafaba como un potrillo juguetón..., hoy oigo una voz de mujer y rechino los dientes. No hagas mucho caso. Tengo hartura de vino, con el que pretendo inútilmente ahogar algo que me muerde, algo que me roe aquí...

El sonoro puñetazo que se aplicó en el pecho el que hablaba, hizo estremecerse ai mesonero, que miró apabullado las manoplas azules que cubrían las dos manos del desconocido.

—También ella tiene penas, señor.

—¡Que la zurzan los diablos! Ahueca, bribonazo..., o te tundo a puntapiés... ¡Ven acá! —y de nuevo pasado el arrebato rió el pelirrojo, echándose hacia atrás el tricornio azul.

Sus prendas eran nuevas. Una casaca azul, festoneada con sedas amarillas, un pantalón de piel amarilla y unas botas lustrosas.

Su carcajada era breve y gutural.

Miró al asustado mesonero.

—Tienes cara de buen sujeto. Trae acá el papelucho que varias veces has estado a punto de darme-Y, como si quisiera excusarse, Diego Lucientes añadió: —Para que luego digan que sólo las mujeres son curiosas... Desmiente a quien tal te sople, mesonero.

Levó las líneas escritas por Mireille de Ferjus;

“Excusad el paso que doy, caballero, y no infiráis de ello deducciones erróneas. Si tenéis la bondad de visitarme, lo que os he de decir quizá os extrañe, pero a la vez abonará mi recta intención y la caballerosidad que confío hallar en vos.”

No había firma. Dobló Lucientes el mensaje, que introdujo en la vuelta de su manopla izquierda.

Levantóse sin vacilar, pese al vino ingerido, y señaló al mesonero un punto indefinido.

—Precédeme, emisario alado. Tengo ansias de saber qué sabihonda presumidilla y pedantuela es la que ha escrito ese galimatías que ofende mi hondo amor propio de galán solicitado.

Había sarcasmo en sus palabras. Pero Lecoeur no podía adivinar que el sarcasmo no iba contra la que había escrito, sino contra el mismo que hablaba.

—Os ruego, señor, que consideréis que ella es una dama que...

—¿Vas tú a enseñarme modales, imbécil? Si es dama, lo seguirá siendo cuando yo le haya contado alguna que otra verdad. Ella pagará la deuda que he contraído con muchas... Apremia el paso, malandrín, que tengo prisa....

Arqueó Lucientes una ceja en muda sorpresa cuando oyó la voz que le invitaba a entrar..

Mireille de Ferina ahogó un leve grito de asombro. Diego Lucientes cerró la puerta en las mismas narices del mesonero.

Destocóse el tricornio en amplio saludo exagerado.

—No somos desconocidos, marquesa de Corbigny. Toco hablamos; pero lo suficiente. Eramos vecinos, aunque yo perdí con mi esposa el castillo que colindaba con el vuestro.

Mireille de Ferjus[3] creía veraz la actitud que por entonces asumió Diego Lucientes, fingiendo ignorar que su acompañante era un pirata, y perjurando que había sido engañado.

Por eso sintióse desilusionada. No sería aquel hombre el que la ayudara a conseguir su propósito. Pero al menos algo podría saber...

—Sentaos, señor Lucientes.

—Gracias por hacerme el honor de recordar mi nombre, señora.

—Un feliz azar ha dispuesto que podáis informarme de algo que ignoro, y que vos podéis decirme.

—Mis estudios tengo, señora, pero doy por cierto que son de tal clase que en nada pueden ser útiles a damita de vuestra calidad.

—Percibo cierta mordacidad, señor. ¿Acaso os ofendí ignorante de ello, allá en Corbigny?

—Mucho habría que hablar, señora.

—Hablad, mies.

—Ya que lo ordenáis, servida seréis, detesto con toda mi alma a la mujer. No a vos en particular, sino a todas.

—Vuestras razones tendréis. Indiscreto sería en mí preguntároslas.

—No hay indiscreción. Muy voluntariamente lo haré, porque sois suavemente bonita y hay bondad en vuestros ojos. Vengo de un reciente viaje que colmó mi resistencia a los embates del caprichoso hado adverso, que me exige sufrir por daño que hago sin pretenderlo. Me desfogaré como niño que con rabieta quiere patalear y romper sus juguetes. Gozad, señora, sabiendo que las únicas penas, que en este mundo he sufrido, mujeres como vos me

las han proporcionado.

—No puedo ni pienso alegrarme de que seáis un enemigo de las mujeres, ellas mal os trataron, por qué no intentáis reconocer vuestra culpa o que mal elegisteis, en vez de acusarlas a todas en conjunto?

—Humillo la cerviz y me prosterno apabullado ante la prodigiosa experiencia que vuestras palabras rezuman. ¿Cuántos, señora, cuántos?

—¿Cuántos qué? —inquirió ella, irguiendo el busto y seria por vez primera.

—Años señora, años. ¿Sesenta..., ochenta?.. No, no... Vuestro cutis es terso, vuestros ojos tienen dulce melancolía que no consigue anegar la riente alegría de un alma nueva y bondadosa. ¡De qué presumís, pedantuela!... Perdonad, ¡repámpanos! Me extravié. Quiero decir que pocos años tenéis para entender del enrevesado y laberíntico negocio de amores. Con sinceridad, os ruego perdón, No os merecéis que en vos desfogue mi bilis de reciente amargado.

—Es extraño, señor. Vuestra forma de hablar me recuerda a alguien. Alguien que quería ser hiriente..., pero sabía hacérselo perdonar. Habéis reído una vez... y esta carcajada ha despertado ecos en mi corazón.

—Aprendí a reír de todo, oyendo a... Bien, no es asunto actual. ¿Para qué me llamasteis, señora?

—Continuad explicándome vuestro infortunio.

—¿Curiosidad?

—Deseo de saber si por penas 'de amor podré hallar en vos ayuda.

—Bien. Es breve mi historia. A sabiendas nunca hice daño. Fui mal poeta, pero sólo dañaba los oídos de la luna al recitarle mis versos cojos. Fui y soy borrachín, pero sólo a raí me dañaré con el tiempo. No me atosigué meditando en la moral, pero canallada nunca cometí. A lo más, “canalladitas”. Cuando, ahíto de mentir amores, entregué el corazón, cometí el peor de los crímenes. Las que amé murieron por mi culpa... ¡Y eso es lo que no perdono! ¿Por qué ellas me causaron daño, si yo daño no quería causarles? Nunca me sentí culpable de nada. He matado, pero era defendiéndome. He robado, pero era para no caerme moribundo de agonías hambrientas. He trampeado el naipe, para ayudarme a vivir. En

cambio, cuando dinero tenía, jugaba a perder, por la emoción de verme sin linda en la bolsa. Ved, pues, que soy poco caballero... No os cuento mis hazañas para dármelas de tunantillo... Os las cuento para que veáis cuánto daño han podido hacerme las que me quisieron, porque, al morir trágicamente, envenenaron mi vida, acosándola con remordimientos.

—Si no hubo en vos intención de dañar, no debéis someteros a la cobardía de los remordimientos.

—Sois inteligente, señora. Y no hay burla al reconocerlo. Pero pensad por un instante:, si estuvierais cierta de acarrear daño a quien amáis, y vierais que una, dos, tres veces el hado se ceba en el ser amado dejándoos con el alma dolorida y un sabor de amargo remordimiento, ¿insistiríais? No, porque demostraría vileza... Y ésta es mi amargura. Aparto de mis labios el sabroso vino... ¡Y clamo mi odio, lo detesto!

—Dejar de querer, por temor a herir, es acción noble, señor Lucientes. Ahora os hablaré con la misma espontánea virilidad. No sonriáis...

—¿Virilidad en vos, señora? Tenéis todo el encanto de... ¡Repámpanos! ¡Odio a cuantos seres sean encantadores como vos! Al grano, señora marquesa.

—Habéis vivido mucho, señor Lucientes. No os escandalizaré si hablo con claridad y no me amparo en ingenuidades fingidas. Quizá escandalice a mi preceptor que nos está oyendo, pero hablaré..., aunque me temo que hasta a vos mismo os sorprenda y escandalice.

—Intentadlo. Os agradecería esa nueva impresión muy pocas veces sentida.

—¿Creéis que, habiendo solamente hablado por espacio de una noche con un hombre, pueda amársele hasta el punto de renunciar a todo por él?

—El dardo hiere mortalmente en un segundo. Tensa de arco, dispara, y es herida que no cierra.

—Dicen que el amor es lento. Que hay que meditar las cualidades del ser amado; conocerle.

—Ese es el amor-efecto. Aunque... nadie entiende todo ese complicado y sutilísimo cañamazo que es el amor. Si fuerais hombre, diría que cuando' uno se enamora pierde la, facultad de razonar, y cometiendo insensateces se siente feliz. Pero ¡es tan

bello! Amar es todo, porque... ¡Repámpanos! Al grano, señora, que me extraviáis. No quiero veneno, y me lo servís en copa grande.

—Vos estabais cerca cuando ocurrió lo que mi vida cambió por completo. Hasta entonces había desdeñado los galanes almibarados o los fáciles valentones de corte. Viví voluntariamente aislada en mi castillo. Soñé en mi ideal. Era un hombre de muchos más años que yo. Un hombre de pasado tormentoso. Un hombre brutal y sanguinario en sus luchas, pero viril y conocedor del alma femenina. Moreno, apasionado, con pasión que se leyera en sus ojos, pero que supiera dominarla, abismándose en soledad orgullosa. Un hombre que desafiara al mundo con una carcajada retadora. Un hombre que pudiendo ser el caballero por excelencia, prefiriera ser un réprobo a ojos de la sociedad, por orgullo de que nadie le agradeciera el bien que pudiera hacer. Veis de qué clase de hombre hablo?

Pellizcóse Lucientes la nariz, entornando los ojos. Cierta sospecha iba infiltrándose en su mente...

—Un hombre como el que pintáis en el aire conocí de carne y hueso, señora.

—Sí. Lo conocisteis... Era el que os engañó fingiéndose viajero... ¡El pirata español que os acompañaba! Os lo suplico, señor Lucientes —y juntó las manos—, no le guardéis rencor. Si os engañó fué porque... así debió creerlo necesario.

—Creo que estáis defendiendo a un pirata, señora.

—¡Sí! —dijo ella, alzando la cabeza.— Lo defiendo... con uñas y dientes si preciso fuera... porque... ¡le amo!

Diego Lucientes emitió un extraño! sonido. Era risa contenida, que fué aumentando de volumen, hasta estallar en carcajada.

—No veo motivo para burlas, señor. ¿Qué importa que yo sea marquesa y él pirata? Tuve una antepasada que huyó con un juglar trovador, y supo hacerlo sin ser deshonesta. No es capricho el mío... Estuve enferma cuando él se fué... Pero ¿por qué os cuento esto? Vos debéis guardarle rencor y no puedo esperar ayuda de vos. Sois enemigos.

Diego Lucientes señaló la cicatriz que cortaba verticalmente su frente.

—¿Veis esa raya, señora?.. Dicen que me volvió aún más loco de lo que ya normalmente suelo estar. Si las amistades únicas y

verdaderas pudieran dejar cicatriz, mi cuerpo entero lo sería, proclamando bien alto lo que en Corbigny tuve que renegar, porque así me lo exigió el hidalgo Carlos Lezama, conde de Ferblanc, conocido por el Pirata Negro. Es el único amigo que tuve y tengo. Por él me dejaría trinchar a pedacitos, y por él sería capaz de beber agua si así me lo exigiera.

—¡Carlos..., Carlos!... —musitó ella.— No conocía su nombre. ¿Conde de Ferblanc, decís?

—Nadie lo sabe, y él no emplea el título porque, y perdonad, estima sólo valioso el título que se gana, no por cuna, sino por actos. Y por eso, midiendo ser Conde de Ferblanc, prefiere y tiene a gala ser llamado el Pirata Negro.

—¿Por qué en Corbigny fingisteis que os había engañado?

—Él me obligó a ello, para evitar perjuicios... a mi esposa y a mi hija. Pero aquí estoy a solas con vos, y si vuestro preceptor algo repitiera de cuanto digo, le cortaría las orejas, para dárselas a comer antes de que le arrancase la lengua. ¡Oh, excusadme! A veces olvido el depurar mi léxico. ¿En qué os puedo servir, señora?

—Le quiero... y me quiere.

—Me alegra saberlo, señora. Tiempo ha que el Pirata Negro no quiso amores. Y por el encanto de vuestra voz, por la dulzura de vuestros ojos, por la belleza pura de imagen que poseéis..., ¡dejadme hincar la rodilla ante la que dará paz de alma al hidalgo Carlos Lezama!

Besó Lucientes la diestra de Mireille de Ferjus, que, emocionada por la repentina galantería del pelirrojo, sonrió con leve melancolía.

—Vos queréis a Carlos, y os quiero por ello, señor Lucientes. Pero ahora debo contaros lo qué sucedió en una noche que él llamó noche de cuervos. Renunció a mi mano, porque no tenía bienes de fortuna. Partió.

—Regaló castillos y tesoros, señora. No debisteis dejarle partir.

—¿Cómo impedirlo? Los soldados acechaban. Huyó saltando peligrosamente. Le amenacé —y lo iba a cumplir— con estrellarme contra el suelo, apenas él me dejara. Me prometió volver cuando hubiese hecho fortuna.. Pero yo no me resigno a esperar. Me besó... Sí, me besó, y lo tengo a orgullo. Fué beso de amor.

—Si tal hizo, os ama, señora. ¿Para qué necesitáis de mi ayuda? Él ha de venir pronto... No puede haber hallado la muerte donde yo

no la hallé. Volverá, y no tenéis más que decirle que no queréis aguardar... No, no... Conozco al hidalgo Lezama. Os herirá, os ofenderá..., ¿sabéis por qué? Para que forméis de él una imagen falsa, para que le odiéis... Y aunque se destroce el corazón no aceptará vuestro sacrificio.

—Esa es mi creencia. Por eso imaginé algo que mi preceptor tilda de descabellado. Algo... que pensaba imposible, y qué sólo vos podéis realizar. Temo explicarlo, porque me creeréis, acaso, loca caprichosa.

—No penséis tal, señora. Quien como yo mucho amó, sólo halla sensatez en las locuras caprichosas del amor verdadero. Y hacedme caso. Si queréis, no os dejéis vencer por amores propios... Arruinan vidas y destrozan felicidades. Ceded orgullo...

—Eso quiero. Si yo me presentase ante Carlos Lezama cuando él viniera, haría lo que habéis predicho. No me permitiría ir con él.

—Dadlo por seguro.

—Yo he imaginado que si pudiera subir a bordo del “Aquilón”...

—Lo vigilan de tal forma, que no hay quien entre. Naturalmente, conmigo sí seríais admitida a bordo. Pero cuando llegase el hidalgo Lezama, él mismo a tierra os acompañaría.

—Por eso..., ¡por eso os necesito!

—No comprendo.

—Si el velero “Aquilón” zarpa, y tan sólo aparezco yo cuando esté en alta mar, permaneciendo oculta hasta entonces..; No me interrumpáis... Dejaría yo pasar varios días..., y entonces, aunque él quisiera devolverme a tierra, tendría yo tiempo suficiente para procurar hallar persuasiones que le hicieran comprender que mi amor no se resigna a ser el amor de una castellana esperando en su castillo un regreso que la muerte puede truncar. Y si pensara dejarme en tierra..., cristiana soy..., ¡pero juro matarme ante él! Es humillante... Es casi mendigar amor...

—Es simplemente amor y Dios os bendiga, Mireille de Ferjus, porque vos sois la esposa que endulzará la vida de Carlos Lezama.

—¿Cuento, pues, con vuestra ayuda, señor Lucientes?

—Será mi última acción en que intervenga el dios Cupido. Lo hago porque sé que vos seréis la estrella rutilante que desparramará felicidad en la vida del Pirata Negro. No puede engañarme mi instinto de amigo. Sois buena, dulce y comprensiva. Todo lo

sacrificáis valientemente. Mujer que, como vos, no vacila en correr el riesgo de que un hombre que no sea el Pirata Negro la califique de caprichosa ligera de cascos, porque él sabe adivinar que sois mujer valiente que no quiere por amor propio resignarse a pasar junto a la felicidad, esa es la mujer que en vano confié hallaría él un día. Contad, pues, conmigo. Pon a vuestro servicio toda la marrullería de que dispongo. Vos os hallaréis a bordo, oculta, cuando el "Aquilón" se halle lejos de la costa francesa.

Capítulo II

Rumbo al Caribe

El Pirata Negro refrenó las riendas, y volvióse ligeramente para mirar a “Cien Chirlos”, que se aproximó.

Desde la pequeña colina divisábase la ciudad de Burdeos y la ancha extensión azulada. Era un mediodía frío y lluvioso de febrero.

El largo viaje cruzando tierras italianas, altos riscos alpinos y Francia ¡de Sur a noroeste, había hecho sentir al Pirata Negro más exacerbada que nunca su nostalgia de tierras soleadas.

—¿No calienta aquello el alma, guapetón?

—Mar, señor. El mar... —bisbiseó “Cien Chirlos” enrollado en su capa, y arrugado el semblante en lo que era una sonrisa de satisfacción.

—También tenías mar allá, en Knossos. Era azul. ¿Sí o no?

—No sé cómo explicarlo, señor, pero era un azul distinto. Donde la proa del “Aquilón” no trazar su raya, es un azul descolorido que no me da alegría.

—Eres' un adulador, don Marcelo. Pero te confesaré que a mí me pasa lo mismo. Sólo es azul el mar que corta mi “Aquilón”. ¡Vamos allá ¡Pica espuelas, guapetón! ¡El que primero llegue tendrá derecho a besar el mástil del mejor de los veleros!

En las postrimerías del raudo galopar, enzarzóse “Cien Chirlos” a insultos con su caballo, que sólo rozaba con sus belfos las ancas del cabalgado por el Pirata Negro.

Ambos desmontaron de un salto en el muelle, donde cuatro piratas alineados aguantaban impávidos la lluvia, destocados, remos en alto. Al frente de ellos, Diego Lucientes, espada desenvainada, saludó como los oficiales de las escuadras.

—En nombre de cuantos obedecen tus órdenes, lamento comunicar, señor, la triste novedad de la muerte de Curro Montoya,

en cumplimiento de la misión que le confiaste, que llevó a cabo con heroico valor.

Quitóse Lezama el chambergo, sintiendo en su garganta una contracción dolorosa. Al oír citar a Zergo Zanni, una sola persona, al referirse a Lucientes, lo creyó prurito de almirante, que no se rebajaba a citar los lugartenientes, al igual que fingía ignorar la presencia de "Cien Chirlos".

Había apreciado mucho a "Piernas Largas", no desconociendo toda su brutal rapacidad y su pasado.

—Si perdón existe en el Más Allá, lo invoco para él, que no tuvo culpa en no hallar un cariño que le llevara por sendas de paz. Que el reposo eterno te sea concedido, Curro Montoya.

La lluvia pertinaz mojaba los rostros, y, por vez primera, con ella se reconcilió "Cien Chirlos". A dentelladas había peleado con el difunto, y ahora... sentía que una humedad empapaba sus ojos. Una humedad que no era solamente efecto de la lluvia...



...Uno de nosotros había de morir...

—Tuve el presentimiento —dijo el Pirata Negro—. Uno de nosotros había de morir. ¡Maldito sea yo con mis augurios! ¡A bordo!

En la lancha, reinó el más absoluto de los silencios. Diego Lucientes, sentado en popa junto a "Cien Chirlos", miraba al frente, donde en proa, más avante de los cuatro remeros, Carlos Lezama

contemplaba la línea del "Aquilón” perfilándose en la bahía de una de las islas Becassine.

Cuando a bordo subieron, por tres veces los gorros viajaron por el aire, en saludo de acogida al que saltó al castillete de proa.

—Fúnebre es el día, mis valientes.

La lluvia llora la muerte de un hombre, uno de los nuestros, que ha caído en el puesto de honor, muriendo como vivió. En lucha constante. Ha muerto rehabilitado por una obra buena... Habrá una niña que creciendo aprenderá a venerar el nombre de Curro Montoya, el que fué su padrino, allá en lejana isla. Nosotros recordaremos siempre al que llamábamos “Piernas Largas”, y supo ir al sacrificio para que la que será mujercita algún día deba parte de su felicidad al que era un pirata. Eso nos ha de enorgullecer. Somos piratas, pero hay instantes en que no nos duele saber que uno nosotros murió en acción digna de ser elogiada por los mismos que, con razón o sin ella, nos acosan y persiguen por mares y tierras.

Cruzó los brazos el Pirata Negro, después de tirar al mar su chambergo, que revoloteó antes de hundirse, lanzado vigorosamente.

—No pido las novedades, porque ya el señor Lucientes me ha dado la única que cuadra con este día tristón y lloroso. Veo que estáis todos. Pocos sois y fáciles de contar. Cuarenta en cuatro filas de diez. Tú no cuentas, señor Lucientes. Cuando mañana, al amanecer, zarpe mi “Aquilón”, tú estarás con tu hija. Esta noche será nuestra cena de despedida. ¿Tienes algo que objetar?

—Sólo por el cariño que ansío y necesito de mi hija, señor, me resigno a abandonar el “Aquilón”, con el cual zarpará mi invisible cariño por ti, por tus valientes y por cuanto en este velero me habla de años alegres.

—Gracias en nombre del “Aquilón”, señor Lucientes. Es un casco de madera con trapos de lona... Eso os parece, ¿verdad, bergantes? No hay tal. El “Aquilón” tiene fibras sensibles. Recordad el árbol del sándalo. Cae abatido por el hacha del leñador, y perfuma misericordioso el filo del hacha. También el “Aquilón” sabe que debe la vidas al señor Lucientes, que, por salvarlo, perdió el medio brazo que ahora de hierro lleva. ¡Un triple hurra por el que al amanecer nos dejará!

Resonó ronco y espaciado el triple alarido…

—Bien, mis valientes. Ahora empiezo a mojarme, y no me gusta la lluvia floja y tibia de este mar. Abrid las fauces, aspirad… Hay relente de mar lejano… Hay brisas enervantes de tierras antillanas… ¡Rumbo al Caribe! ¡Y esta vez, nadie ni nada cortarán nuestro impulso! Dos hombres nos han abandonado. Uno, por morir como un valiente. Otro, triunfando valientemente, y derrotado por aquello que todos quisiéramos tener el honor de experimentar. Derrotados por el cariño de un ser inocente que nos reclamase con sus bracitos débiles y su llanto de desamparo. ¡Tate!… Basta con la lluvia para que sentimental me ponga. Os dije que ya no hay oficial ni segundo lugarteniente en el “Aquilón”. Hay un primer lugarteniente, que desde este instante pasa a ser mi primer oficial. Oídme bien, mis valientes… Os quiero mucho, y con mucho gusto os pateo a veces cuando relincháis… Aquel de vosotros que se olvide de anteponer la palabra “don” al nombre de mi primer oficial, colgará media hora de los pulgares y yo mismo le daré diez varazos en los lomos. ¡Un triple hurra para don Marcelo, primer oficial del “Aquilón”!

De nuevo restalló en el húmedo aire el triple alarido sincero de aprobación. Cuanto decía el Pirata Negro era el evangelio de los tripulantes del “Aquilón”.

—Hermoso nombre, ¿verdad, mis valientes? Don Marcelo. ¿No lo veis? Adopta el aire de una tímida violeta… Se encoge… ¿Eres un calcetín arrugado, don Marcelo? Tieso el cuerdo. ¡maldito seas! Escuchadme todos, mis valientes. —Y se inclinó sobre el reborde del castillete.— Sabéis quién es don Marcelo? El bruto más noble que os ha sido dado olisquear. Respetadle como a mí mismo, porque ha sabido ganárselo. Sin él, quizá yo no habría vuelto, porque sólo con él pude vencer. Cuando os largue coz, agradecedla, porque de la masa que se forjan hombres del temple de don Marcelo poca queda. ¡Avanza, guapetón!

Separóse “Cien Chirlos” dando cuatro pasos, para quedar junto a la base del castillete, en alto el rostro y tieso el cuerpo.

—Lo lamento mucho, don Marcelo, pero es tu obligación hablar a nuestros, valientes. Debes iniciar así tu estreno del cargo. Pero oye, don Marcelo; si buscas las palabras o masticas flores, te va a pesar. Habla como quien eres, que tal como eres te he elegido para

comer en mi mesa y representarme de ahora en adelante por todos los ámbitos donde ronden hombres del “Aquilón”. Habla a tus compañeros.

“Cien Chirlos” dió media vuelta, tras saludar. Primero se oyó un gruñido que era un aclaramiento de garganta...

—Todos me conocéis. Juntos hemos roncado, machacado huesos y bebido el ron de los ranchos. Soy torpe hablando..., aunque algo he ganado oyendo a nuestro jefe. “El” ha decidido que yo sea vuestro primer oficial y que me llaméis don Marcelo. Es un “don” que todos respetaréis, porque me lo ha otorgado nuestra jefe, y yo que renegué de “dones”, pues ahora...

Resopló unos instantes, como si esperara alguna negativa.

—No tengo humos ningunos, compañeros del “Aquilón”. Soy como vosotros un bruto muy orgulloso de serlo, y no hay quien me achiqué a la hora de la verdad. Por eso sin vergüenza os digo que, al igual que repartiré coces, también sabré agradecer los buenos servicios de todos vosotros, que como yo tenéis el honor de ser los marinos más afortunados, porque se os dio la oportunidad de navegar en el “Aquilón” y a las órdenes del que..., del jefe que... Se me atascó la tragadera, voto al rayo! ¡Viva mil años nuestro jefe!

Cuando, apagado el clamor, volvióse “Cien Chirlos” sudando, y mirando tímidamente al Pirata Negro, éste echó hacia atrás la cabeza y estalló en sonora carcajada, que fué coreada por todos sus hombres.

El propio “Cien Chirlos” emitió unos ronquidos sonoros, como gato acariciado...

—¡Tate!... Ha sido un discurso soberbio, don Marcelo. No le quito punto ni le aliado coma. Tu última comida con mis valientes, don Marcelo. Mañana, y para siempre, comerás a mi mesa. Nombra dos contramaestres. ¡Ah! No sonrías con mueca de perraso lamiendo huesos. Estuviste muy cruel en la última parte de tu discurso de inauguración. ¡Valiente bellaco! ¿Pues no me desea mil años de vida teniendo que aguantarle sus tarascadas? Me bastarán con cincuenta más, don Marcelo. ¡Rompan filas! Y no escatimes el ron, don Marcelo, qué hoy es triple festejo. Brindis por “Poemas Largas”, brindis por el señor Lucientes y brindis por don Marcelo, nuestro primer oficial.

Alzó un brazo “Cien Chirlos”; estaba ya recibiendo estrujones de

enhorabuena que devolvía sacudiendo manos.

—Con tu venia, señor, serán cuatro “brindises”. El cuarto, en petición de que siempre nos sirvas de guía.

Diego Lucientes fué al encuentro del Pirata Negro cuando éste le señaló el entrepuente que conducía a la sala capitana.

—Te habrás dado cuenta de la considerable ración de elogios, cariñitos y mimos que nos hemos dedicado —fué diciendo el Pirata Negro, mientras se dirigían a la sala capitana—. Son gente sencilla y amante de la exteriorización de sentimientos, cuando provienen del “Aquilón”, y me consta que tenía que recurrir a esto para impedir que tomaran a chacota a don Marcelo y se viera éste obligado a incrustar su título a puñetazos.

En el interior de la cámara, antes de sentarse, Lezama colocó en la mesa dos copas y un frasco de vino de Madeira.

Escanció y tendió una de las copas llenas a Diego Lucientes!

—Aviva el ánimo, estudiante. Tienes aspecto sombrío. ¿Tanto te afectó la muerte de “Piernas Largas”?.. Bebe y olvida. Eternizarse en lamentar una —muerte no devuelve la vida al qué se marchó.

—Sentí lo ocurrido, señor. Lo siento, porque yo quedé con vida.

—Tuviste más suerte. Eso es todo. —Fué una tragedia, señor...

—No fuimos a un viaje de placer. —Y había cierta sequedad de reproche en el tono del Pirata Negro.

—Ya sé que no te gustan las narraciones tétricas, porque parecen querer avalorar la parte que uno mismo tomó en ellas, señor. Pero esta vez debo apartarme de la costumbre. Soy fanfarrón y charlatán, pero bien sabes que no hablaría de ello si no tuviera un motivo acuciante. Señor, do mi viaje a Arkypa he sacado una decisión, que cumpliré a rajatabla... Odio a cuanto hasta hoy amé.

—¿El mosto? No pusiste cara de asco para soplarte esta copa. Más bien pareció que te sabía a poco.

—Las mujeres, señor...

Carlos Lezama rió con honda sonoridad burlona.

—¡Tate!... Tú quieres que me deslome riendo, señor Lucientes.

—Hablo muy seriamente, señor.

—Tanta más razón para que me carcajee. ¡Voto a bríos! ¿Tú dejar de correr tras una falda montada en una escoba? El mundo dejaría de ser mundo si tal ocurriera. Antes dejarías de beber o jugar el naipe.

—Verás que no bromeo, señor… —y la vos del madrileño se quebró-si te digo que en Arkypa di muerte a dos mujeres.

—Azares de guerra, sin duda.

—No, señor. Las maté a sangre fría.

Carlos Lezama frunció el entrecejo, y su diestra se crispó alrededor del talle de la copa que empuñaba.

—Por loco te tengo, estudiante, pero nunca te tuve por asesino.

—Soy el peor de los asesinos, señor, porque mato a seres inocentes. Eran dos herniosas pastoras, rústicas, sencillas, ignorantes del mal que alienta en el mundo. Vivían solitarias, alejadas de todo, queriéndose y felices con sus ovejas. “Piernas Largas” y yo, luchando contra una tormenta, naufragamos, siendo recogidos y cuidados por ellas. Y como la víbora, yo pagué mordiendo…

—Sigue. Me interesas extraordinariamente.

—Una de ellas, hundió una de las tres naves, saltando con ella. ¿Sabes por qué, señor?

—Tú vas a decírmelo.

—Por mi culpa, señor, ella sacrificó su vida.

—Creo que fué a ti y a Curro Montoya a quienes encargué hundir las naves. No recuerdo haber citado que emplearais mujeres. Refresca mi memoria, que a lo mejor flaquea. ¿Dije, acaso, que servirse de mujeres era buena táctica para quien de hombre se precie?

—La otra se enamoró de mí, señor. Se llamaba Terka, y Rocío le puse, porque era virginal y su piel tenía la satinada frescura sin mancilla de un pétalo de rosa. Yo ignoraba el tácito convenio que entre las dos hermanas existía. Ya en otra ocasión acogieron a un fugado español. Demostró su preferencia por Terka, y ambas, espartanas, decidieron, antes que él eligiera, que la que sin amor quedase se despediría para siempre de la otra, dándose muerte. Mirya, la otra hermana, supuso que, para llevar a cabo el hundimiento, yo perdería la vida. Por eso marchó al otro barco y logró incendiar la santabárbara. Yo no lo supe hasta que regresé junto a Terka, creyendo que “Piernas Largas” había logrado incendiar las dos naves.

—Entonces, ¡maldito seas!, ¿de qué te acusas? Por unos instantes pusiste zozobra en mi ánimo, creyendo que por vez primera te

habías olvidado de ser quien eres. ¡Belitre! Si tú ignorabas el pacto que entre ellas había, si tú ignorabas que Mirya se había decidido a un voluntario sacrificio, ¿qué demonios te reprochas?

—De no haber yo prestado oídos a los amores de Terka...

—Yo, en tu lugar, lo mismo habría hecho, si tan hechicera era tu ninfa de los bosques. Olvida..._

—Terka murió, señor. Verás; cuando yo supe la muerte de Mirya, me acometió un acceso de furor. Me amargaba la existencia que, no pidiendo yo cariños, en mí los pusieran. Me dirigí al acantilado, dispuesto a lanzarme, despeñándome. Terka me ganó terreno, por conocerlo mejor, y se me abrazó, impidiéndome realizar mi propósito, cuando ya tenía yo un pie en el vacío. Nunca pensé que tuviera tanta fuerza un abrazo de mujer. Vanamente intenté liberarme de la liana amorosa de sus brazos. Me calmó como a un niño rebelde. Yo estaba cansado... Me dormí en sus brazos... A la luz del sol, su riente rostro amoroso empezaba a hacerme olvidar..., cuando, de pronto, aparecieron varios turcos huidos del avance veneciano de Arkypa. Uno de ellos arrojó su lanza contra mí... —y ocultóse de pronto el rostro entre las manos el narrador—. Hundióse el acero en el corazón de Terka, que se interpuso... Yo di muerte a los cuatro turcos, porque un torbellino de ira ciega me convirtió en huracán demoledor... Dos cadáveres de vírgenes inocentes, señor. lie aquí mi crimen. He aquí por qué odio a la mujer. Atraigo sobre ellas el, maleficio... He jurado, señor, que nunca más requeriré de amores... Huiré sí alguna...

—Estás afectado por lo reciente del hecho, señor Lucientes. ¿Huir de una mujer? Eso es vergonzoso...

Diego Lucientes olvidóse repentinamente de sí mismo. Miró con cierta fijeza al Pirata Negro, que, arqueando una ceja, forzó una risotada.

—Bien... También yo huí no ha mucho... Fué en una noche de cuervos. Confidencia por confidencia, estudiante: era ella. Simplemente, “ella”. La mujer que acompañaría mi soledad. Huí.

—¿No la querías?

—¡Imbécil! ¿No te digo que era “ella”?

—Entonces, ¿por qué huiste?

—¿Qué tenía yo para ofrecer? Un cuerpo baqueteado en muchas luchas, un alma desgarrada, una bolsa sin un ochavo...

—Trescientos cincuenta mil ducados son muchos, señor, para la dote de mi hija...

—Nunca acepté limosnas, señor Diego Lucientes.

—Yo, sí, señor. Cuanto tengo, cuanto mi hija tendrá, tuyo es, no por limosna mía, sino porque tuyo es.

—A veces me dan ganas de patearte, truhán del demonio. Conservas el vicio de tus primeros estudios. Argumentas sofísticamente, como aprendiz de leguleyo que fuiste. Te repito que no tengo un ochavo, y, aunque así fuera, ¿qué ofrezco? Una nave pirata...

—Que por do navegó dejó sentado pabellón de hombría y caballerosidad. Un nombre preclaro...

—Cierra el pico y..., ¡por cien mil pares de cañones!, hablemos de otra cosa. Déjame preguntarte qué piensas hacer.

—Dedicarme por entero al cuidado de un capullo en flor, que quiero sea rosa dotada de todas las perfecciones.

—Tu hija —curará cuantas heridas puedas tener. Es una chiquilla riente: un junco rematado en un cascabel...

—¿Por qué no vamos juntos a ver —la? Tienes que despedirte de ella, señor.

—No —dijo secamente el Pirata Negro—. Enséñala a rezar por Curro Montoya, su padrino. No le ocultes que fué un pirata. No quiero que cuando sea mayor tenga humos de gran dama. Hazla ser una gran dama, pero inteligente, como...

—¿Cómo quién, señor?

—Como quién no te importa.

—Si no conozco el modelo, ¿cómo podré moldearla a ella?

—Que te guíen tus luces. A muchas mujeres trataste, perillán, para que no sepas distinguir la tórtola de la avestruz. Atiende un aviso; mañana, al amanecer, nuestras sendas se separarán. Pero algún día volveremos a vernos. Si tu hija es una orgullosa presumida, o se olvida de que su padrino fué un pirata..., espada en mano me darás razón de ello.

—Muchos años tendremos por entonces, señor. ¿Crees que estaremos con ganas de pelea?

—Tú y yo, mal nos pese, capaces seremos de retar a duelo a los sepultureros, si mal nos amortajan.

—Yo quisiera, señor... No sé si me atreveré a formular un voto.

—Formula. Breve será nuestra entrevista y no habrá tiempo para pelear

—Fervientemente deseo que te cases y pronto un hijo ocupe el lugar del que perdiste. Mi vida daría por ello, señor…, y perdóname la sensiblería.

—Si no fuera por esas sensiblerías, ¿acaso valdría la pena vivir?

—¡Y quién sabe, señor! Si hallas a la que tú llamas “ella”…

—Cuanto más hacia el Caribe vaya, más de ella me alejaré.

Diego Lucientes sonrió y por unos instantes su rostro tuvo la clásica expresión que adquiría cuando volcaba ante un adversario un as inesperado.

Reasumió rápidamente un continente serio.

—¿Por qué sonreíste como un zorro al acecho?

—Pensaba, señor…, que algún día un condesito de Ferblanc puede pedir la mano de Gabrielle Lucientes de Civry, la mujer más rica de Francia.

—¿Condesito de Ferblanc? No me placen los diminutivos… Mi hijo era Carlos y no toleraba Carlitos… Si algún día me casase, que mucho lo dudo, mi hijo no sería condesito, sino conde. ¿Te enteras, boquilindo?

Rió Lucientes con sana alegría… Tendió la diestra.

—Haya paz entre dos hombres de buena voluntad, señor Lezama.

—Me escamas un poco, estudiante. Tienes a ratos la sonrisa que te caracteriza cuando has jugado sucio, sacando naipes de la manga, o has bebido buen mosto y te preparas a murrallería o la hiciste.

—¿Yo señor? —inquirió Lucientes, esforzándose en fingir aspecto de ofendido—. Es simplemente la alegría que me produce pensar que algún día pueden entroncar, nuestros dos nombres.

—Así debe ser. Bien; ¿viste al notario que acogió a tu hija?

—Es un buen diablo. Casi parecía ser él quien había recibido el dinero. En siete casas de banca francesas hay otras tantas cartas de pago por valor de cincuenta mil ducados cada una, a nombre de Gabrielle Lucientes, y para ser administradas por su tutor en defecto del padre.

—Ella tiene padre y no necesita tutor. ¿Estamos, señor Lucientes?

—Estamos.

—Fra Diávolo cumplió.

—Siete naves fueron hundidas, señor.

De pronto alzó la vista Carlos Lezama, Miró al techo artesonado de la cámara, donde un ancho tapiz claveteado substituía al antiguo.

—Es nuevo ese cubretecho.

—Un obsequio, señor. Quiero que, al verlo, te acuerdes de mí.

—Ridículo… No necesito tapices para acordarme de ti. Bastará con que me mire en cualquier superficie bruñida,.que refleje mi insolencia. ¿Vamos a pasear por cubierta? Hablaremos de los cuidados que a tu hija dedicarás.

Quien hubiera podido oír la conversación de los dos hombres que por cubierta del velero pirata paseaban, o buen seguro que habría parpadeado de asombro al oír hablar de “minués, bordados, clavicordio, repostería” y otras nimiedades por el estilo, poco en concordancia con el aspecto do quienes empleaban aquellos términos propios de educaciones femeninas.

EPILOGO

Tres días de navegación llevaba el “Aquilón”. Todo era mar alrededor de la nave, que había dejado muy atrás la costa francesa. En el castillete de proa, embozado en su capa, para defenderse del áspero viento invernal, el Pirata Negro oteaba el horizonte…

Tras él, don Marcelo había mejorado su aspecto. Se pasaba la navaja cada día por la nuca quitándose greñas. y por las mejillas para combatir el vello hirsuto.

—La lluvia es la novia del viento, guapetón. Tiene un talle largo y flexible, hecho de hilillos de agua, y le gusta ser cogida por él, abrazada, y doblarse y girar en una danza enloquecedora. Y entre los fuertes brazos del huracán, la lluvia va y viene, arremolinándose… ¿No oyes ese rumor? Es como si arrastrase en la danza una larga cola de seda.

Husmeó “Cien Chirlos”, tendiendo el oído.

—Cuando el viento no acude, la lluvia está triste, como una enamorada que esperas en vano. Cae desmayadamente, y hasta se la oye llorar su abandono. Estas son sensaciones que a bordo sólo percibimos el “Aquilón” y yo.

Una lenta campanada repicó anunciando el relevo de turnos.

—La pitanza, don Marcelo. Vamos a la cámara.

Todavía le costaba trabajo al primer oficial sentarse ante su jefe, al otro lado de la mesa.

Vaciló, y sentóse en el borde del escabel, modosamente, como un colegial aplicado.

El Pirata Negro le miró unos instantes, fruncido el ceño.

—¿El cocinero asó tu escabel, so borrico? Siéntate a posadera llena, cacho de cachalote. Me gusta desfogarme contigo, don Marcelo. Desde que zarpamos hay algo invisible a bordo… Es pueril la sensación que experimento… Algo fantasmal…, ¿sabes? Como

unos ojos que me miran constantemente, pero sin enemistad, sino cariñosamente… ¿Mi hijo? No lo creo, porque él siempre me ha mirado y me mira sin que yo sienta esta sensación. No puedo hacértelo comprender, guapetón. Es personal…

El Pirata Negro dió un puñetazo en la mesa…

—En la selva, cuando el silencio nos rodea, de pronto nos acomete una seguridad. Alguien nos acecha, alguien nos atisba… Pero son ojos enemigos, y la sangre se enciende alentada… Pero aquí es distinto… Percibo una presencia… Como una sombra etérea que proyecta nieblas sobre mi “Aquilón”. Desde que zarpamos de Burdeos me atosiga esta impresión… ¡Bah!… Será que por el tiempo pasado en tierra, el mar quiere castigarme dándome esta sensación de no estar solo… Comamos, don Marcelo.

Al beber el Pirata Negro, en alto la vista, miró el tapiz de color azul que cubría el techo cóncavo de la sala capitana.

Volvió a bajar la vista, y refunfuñó:

—Tengo vergüenza de mí mismo, don Marcelo. ¿Pues no estoy cómo la solterona que antes de acostarse mira debajo de su cama en busca de fantasmas?

De pronto, se puso en pie de un salto, pegando un recio puñetazo en la mesa. La vajilla saltó y “Cien Chirlos”, se atragantó…

—¡Aquí hay alguien! ¡A bordo hay una persona que no pertenece a mi tripulación! La oigo respirar…, ¿No la oyes?

Tendió el oído “Cien Chirlos”, ya en pie.

—No, señor. No oigo más que tu fuelle y el mío.

Rió nerviosamente el Pirata Negro.

—Eso es. Dos fuelles. El tuyo y el mío… Yo oía un susurro, como un ángel que vuela invisible… Perdona, don Marcelo… A instantes soy un mal poeta sensiblero… Imagino ángeles, donde solos estamos tú y yo.

FIN

PRÓXIMO EPISODIO: “ESCALA EN TENERIFE»

Notas

[1] Véase La Princesa Azul. <<

[2] Véase La Princesa Azul. < <

[3] Véase El castillo de Civry. < <